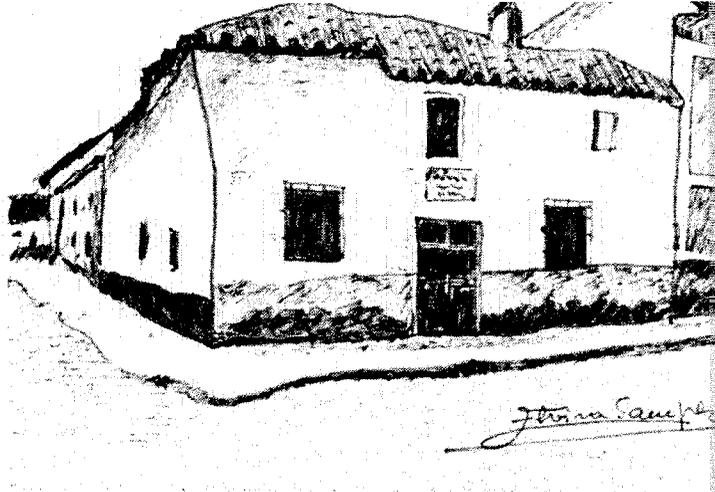


**HOMBRES,
LUGARES
Y COSAS DE
LA MANCHA**

Apuntes para
un estudio
médico - topográfico
de la Comarca



**El pobre
monumento**

POR
**RAFAEL
MAZUECOS**

LA desaparecida Casa donde nació Cervantes sigue mereciendo el recuerdo y la añoranza de nuestros artistas.

Ya no queda de ella más que el sitio y los apuntes de esta obra, que seguirán alimentando vagamente la ilusión imprecisa de los alcazareños.

El fino espíritu de Elvira Samper le ha dedicado este dibujo, merced al cual, no todo serán figuraciones en la fantasía popular, cuando se vanaglorie del paisanaje del glorioso manco.

El dibujo es exacto del periodo de ruina de la Casa, aunque nos ofrezca una calle de la Cárcel menos rústica que lo fue, con las hitas nativas que siempre la adornaron.

Merece Elvira los plácemes más sinceros de su pueblo por contribuir con su arte a perpetuar un recuerdo tan entrañable y un sentimiento tan arraigado, por que Cervantes era de Alcázar y el trato lo acredita. Ella lo ha percibido e interpretado sutilmente en ese hundimiento inminente, sin remedio, rodeado de un silencio y una soledad tan completos que trascienden e impresionan: *Consumatum est.*

La Casa del Vínculo

Con motivo del recuerdo dedicado a la calle Pascuala, ha salido a relucir por chiripa este nombre olvidado de todos, incluso de D. Enrique Manzanque, que todo lo apuntaba y recordando las más significadas del pueblo no hizo mención de ella.

Lo era la conocida como de Cartagena, en la calle Pascuala, muy grande, inmensa y tenebrosa, con una gran portada para entrar, ornada de antiguos herrajes, escudo nobiliario, probablemente oculto hoy en la misma pared, rodeado, como todo el hueco, de un gran marco de piedra, cuadrado, con medias cañas muy gruesas, terminadas en firmes pilastras a la altura del zócalo.

Aunque todavía se conservan en España algunos "Vínculos", la desatención en que hemos tenido nuestro patrimonio espiritual, no permite ahora puntualizar en qué pudiera consistir el nuestro, pero estas entidades, como los Pósitos y las Tercias, tuvieron una finalidad económica y en el motivo que nos ocupa más bien de regularización, como ahora se dice. El hecho de estar esta casa en las afueras, más allá de la Mina, nada menos, induce a pensar que pudiera tener alguna función relacionada con los cereales.

Por otra parte la casa siempre fue misteriosa y aparte de los duendes y aparecidos, que nadie ignora ni puso en duda jamás, aquello tuvo siempre ese tufillo de convento abandonado o antesala de cementerio cerrado, ornacinas vacías, rincones rehundidos, cuevas incomunicadas, poyetes a medio caer y muchos ruidos medrosos de aires colados por las rajadas de las paredes vencidas y puertas desencajadas. Todo en un ambiente de húmeda lóbreguez y en este silencio solo alterado por el rumor de las oquedades de ultratumba.

Sin embargo, a tanta distancia, ya descuartizada y rejuvenecida la casa ¡qué grato resulta evocar un nombre tan eufónico y filial y cuánto nos enorgullecería poder mostrar aquella portada con su escudo! ¿Qué mejor ornamento hubieran podido apetecer las viviendas modernas y qué mayor satisfacción para todos que poder recrearnos en la contemplación de nuestro pasado?

La condición humana hace que el joven reaccione contra el viejo, pero cuando ya lo vence como es de ley por el tiempo, se queda como desarmado y al ocupar su puesto siente el peso de todas sus amarguras y entonces lo aprecia y hasta lo venera. Y así ocurre con todo lo pasado indefenso. Y nos pesa haberlo menospreciado. ¿Por qué no guardaríamos todas aquellas cosas que ahora serían un gran tesoro de reliquias veneradas, ilusión nuestra y orgullo de las generaciones venideras?

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico - topográfico de la Comarca

POR

RAFAEL MAZUECOS

ENERO 1967

PUBLICACIONES DE LA
FUNDACION MAZUECOS
ALCAZAR DE SAN JUAN

Fascículo XVIII

Crisálida

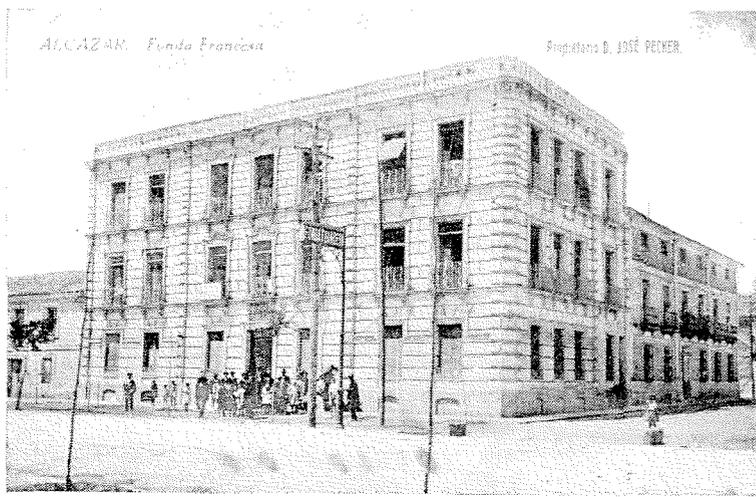
Cuatro buenos amigos —D. Juan Nieto, D. Ramón Alcázar, D. Lucio Sahagún y don Frutos López—, constituídos en Comisión, han lanzado la idea de hacer ellos uno de los próximos fascículos, probablemente el 20, porque son tres, con el presente, los que se van a editar en poco tiempo.

Confieso que no podía pasarme nada mejor, porque la falta de ayuda, de crítica y de controversia, es lo que más dificulta el desarrollo de cualquier obra de buena intención.

En la idea hecha pública, se ve ya lo que ha de ser el libro, formado con las opiniones y las fotografías de todos los que quieren decir lo que les parecen estos libros, sus defectos, la manera de corregirlos, estudios alcazareños o cualquier otra iniciativa que redunde en beneficio de Alcázar.

Es un enigma lo que pueda resultar, pero se debe respetar el derecho de opinión, aún la más contraria, porque a veces, hasta que pasa mucho tiempo, no se ve de verdad quien tenía la razón.

Confiemos en el resultado y hagamos entre todos algo.



La Fonda

Esta es la Fonda por antonomasia. La Fonda que empezó siendo francesa y con los cambios circunstanciales de denominación se ha quedado para el concepto de las gentes en La Fonda a secas, que es lo que fue desde su origen.

La Fonda empezó siendo francesa de la forma más natural y sencilla, por serlo su creador y por ser, como la otra de dentro del andén, un producto de la Estación, que a su vez tuvo ascendencia francesa y era propio que si los que le hicieron andar al tren eran franceses, lo fueran, también, los que movieran las cocinas, por su reconocida maestría en las artes culinarias, pues en Alcázar apenas si alguna mujer atrevida se comprometía a guisar en las bodas.

En cualquier pueblo llamaría la atención este edificio, pero en el Paseo de Alcázar la llama mucho más, porque con la sobrecarga de barriobajerismo madrileño que tiene esta calle espléndida, con el abigarramiento de sus tradiciones y su historia y la vitalidad inigualable de que goza, las edificaciones apenas si han tenido modificación y la exuberancia de su bullir es tanta que llega a cubrir las casas y ni se ven, quedándose sola, en perspectiva, la tercera planta y la terraza de la Fonda recortando su silueta en el azul del cielo.

Es menester trasladarse al momento en que se hizo

D. José Pecker Lescarboua, el hombre que elevó la hospedería en Alcázar sacándola del régimen de posada que tenía y logró con su servicio que se centralizaran aquí las actividades comerciales de las casas que tenían que extender sus productos por la comarca.

La simpatía es bien manifiesta en su semblante, que rebosa salud, cruzado de un gran mostacho muy francés. A su conocimiento y a su constancia debe Alcázar uno de los impulsos de su vitalidad, que ahora, otra vez, espera una voz, como Lázaro, que le diga: "Levántate y anda".

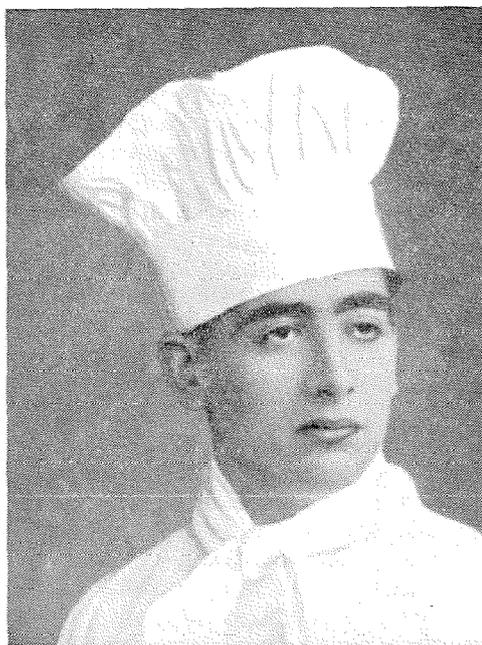
y haber conocido aquella vida para darse cuenta de la decisión de Pecker y de la voluntad que puso para superar las dificultades que se le ofrecían, sin las cuales tal vez no se hubiera levantado esta hermosa construcción.

Y esta es la consecuencia útil para las personas y para los pueblos que encuentran muchos tropiezos en su camino o se embarcan en empresas desproporcionadas a sus posibilidades, la de que con abnegación, con perseverancia y buenos procederes se puede intentar todo seguro de lograrlo, porque Dios ama al donador alegre.

Y en cuanto a los enemigos no hay que juzgarlos a la ligera, porque un buen enemigo, que te cele de cerca, favorece, ayuda y estimula mucho más que un montón de amigos corrientes y al cabo se reconoce y se agradece.

La Fonda de la Estación y los comedores del exprés familiarizaron a los alcazareños con la indumentaria cocinera, pero Pecker la implantó en la Villa y aquí vemos a Felipe Izquierdo de muchacho, ahora maestro sañero del Hotel Palace de Madrid, que dedica esta fotografía a su primer jefe de cocina, D. José Pecker, el año 1924.

La gente miraba con admiración estos gorros de chimenea tan blancos, tan altos, tan seguros en las testas en medio del trajín y no hay duda que atractivos cuando en la cabeza portadora bullían los pajaros de la ilusión, como se aprecia en la mirada y en la actitud de este chiquejo alcazareño.



LA PLATERA

Esta huerta, cuya nombradía aumenta con el tiempo, como el buen vino, que diluye la pringue de las fritangas, tomó nombre de la ocupación de su primera dueña,



una antigua platera, que la hizo para llevar a tomar los aires a su hija enferma. Al extinguirse aquella vida opilada, la huerta se vendió a Juan Parra, padre de Justo, el Carcelero, y cambió de signo, convirtiéndose en lugar propicio a la jarana, porque Justo tenía buen diente, como los que le rodearon y siguieron, que realzaron su prestigio hasta llegar a la creación reciente de la Orden de Sancho Panza, que en cuanto a yantar no cede ventaja a ninguna otra orden de las conocidas en el mundo.

La fotografía nos da idea clara y aún clarísima del gusto y aseo con que se ha procurado dar albergue a la Orden, confiando en las buenas panzas para las degluciones íntegras, que eviten salpicones de gachas en las tapias rutilantes los días de reunión del Capítulo.

Está situada en lo alto de una cañada, en la primera cuesta del camino de Herencia, antes de la del Bernardillo y, lo que son las cosas, Justo, confiando en la altura y en el destino primero de la casa, hizo allí una era para trillar y por poco si se muere de sofocaciones porque resultó que allí no llegaba el solano. Su nieto Frutos, lo ha entendido mejor echando el ramo por dentro y con Tico Medina, que tampoco le hace ascos a la sartén y otros románticos espirituales cuyo relieve en las artes, en las letras y en las cancillerías, demuestra la importancia que tiene el comer para cantar, le han dado fama universal y tan singular atractivo que acuden a ella como las mariposas a la luz, pero sin reparar en el deslumbrante encalado, enfilan la puerta, como los bencejos, con la rapidez del rayo, y se meten en la cocina donde las gachas cuajadas pedorrotean solemnemente a punto ya de dejarse paladear por los del corro, que se les hace la boca agua.

Como la orfebrería vieja de las casas antiguas, que con las herencias, la piedra pómez y el brío juvenil se pule y restaura, La Platera se nos presenta ahora, libre de las injurias del tiempo y del olvido, pero con todos los asientos e incurvaciones de la edad, como el mejor receptor de visitantes, al pie de la más antigua y principal entrada de la Villa. Pasaron los tiempos de las arriesgadas aventuras y corren los de la cortesanía. La Platera ha sacado del arca su bien conservada aunque arrugada casaca y puesta de calzas blancas y peluca empolvada, se inclina reverente e invita al viandante al descanso y a la reparación. Ningún vigía ni ningún otro método podría granjearnos mayor favor. Es un fruto de Parra, sazonado y Rico por cierto.



Otros grupos representativos

Enredadas con las del fascículo anterior, como pasó con las palabras y con las cerezas, han surgido otras fotografías de actos más o menos memorables, dignos de figurar en esta obra como manifestaciones de la vida que fue.

Todo son reflejos del mundillo madrileño y expresión viva del deseo permanente de que no falte nuestro granito de arena en cualquier corriente que se inicie en la gran urbe. Unas veces a requerimientos de allí y otras como brote espontáneo de aquí, siempre se ve el gran poder de atracción que sobre nosotros ejerce la Corte y lo mucho que nos complace imitarla.

Es muy natural y equitativa esta inclinación porque Alcázar, como Aranjuez, El Escorial y algún otro, es uno de los pueblos favorecidos por Madrid que, en cambio, con su centralismo absorbente, paralizó la vida de muchas ciudades de su comarca, fre-

Nadie dirá que esta mesa, instalada en la puerta del Círculo de la Unión, en el popular Paseo de la Estación, que era el camino del ferrocarril, denominación que increíblemente falta como nombre de una calle alcazareña-desmerece de las que se ponen en cualquier gran ciudad.

Las que aparecen en la fotografía son, de izquierda a derecha, Paquita Díaz, Paula Carrascosa, Pilar Paniagua, Avelina Moreno, Teresa Vasserot, Paz Martínez, María Luisa Vasserot, María Frías, Llanos Domínguez, Carmen Marchante y Elisa Ortiz.

Sentadas, Carmen Manzaneque, Carmen Paniagua, D.^a Josefina Ibañez (1), Ascensión Vázquez, Gregoria Saludador, Margarita Cárdenas y Anita Fuster.

En la ventana están, Ramón Villacañas, el cartero, Gundemaro Iniesta, Zacarías, el sastre, Jesús Ruiz, Marianete, el barbero y otros varios que no se han logrado identificar.

La presidenta de la fiesta lo fue Asunción Vázquez, de la familia de las Tintoreras, prima hermana de Narciso, la que se casó con Antonio, el de Juan José Tapia, ya por entonces con sus pujos señoritiles bastante amargados. La recaudación fue notable y la presidenta dió una merienda a los que intervinieron en la fiesta.

(1) Ver aplicado a una persona tratamiento que implique respetabilidad, es aquí indicio cierto de forasterismo y para asegurarlo sin más averiguaciones. Se podrían poner muchos ejemplos gráficos, pero basta uno.

Hablando de la cuadrilla, se decía: Primitivo Baquero, Gregorio Moraleda y Don Alfonso Grande. Personalidad la de éste especialmente grata, atractiva y tan simpática, que alcanzó en su nombradía rango alcazareño, el del Tío de las Lías. Y en lo de tío no había ningún desdén, porque también era en su tiempo tratamiento de respeto, aplicado únicamente a personas de edad o de peso, pues al tío como grado de parentesco, se le decía hermano.

Doña Josefina logró también ese relieve estimable llegando a ser Doña Josefina la de la Farmacia, como le pasó a Don Gonzalo, el de la Botica, olvidando todo el mundo que era médico y había ejercido durante treinta años.

nando su crecimiento y postrándolas en un ruralismo exclusivo y deprimente, postración a la que no escaparon ciudades tan importantes como Toledo, en franca decadencia durante el último siglo y otras próximas a Madrid o a Alcázar, de una rusticidad decadente impresionante.

Las cuestaciones que se iniciaron con la Fiesta de la Flor y que han continuado con motivos diversos, tuvieron en Alcázar una aportación no exenta de brillo, porque las señoras se pusieron en carácter de todo a todo y el público les correspondió en admiración y en contribución.

Detalle demostrativo lo es esta mesa instalada en la puerta del Círculo de la Unión por el año diez y siete en el que las señoras se ensombreraron a su gusto, que era hacerlo aquí y no en Madrid, donde no se las conocía, alguna que otra vez, porque en Alcázar les parecía un exceso y les daba reparo, según pude oírles más de una vez.

La mujer, siempre preocupada con lo que ha de ponerse, halló en esta función caritativa una manera de satisfacerse así misma tratando de ennoblecer una misión altruísta y de dar realce a la fiesta, todo al mismo tiempo.

Encuentro muy plausible esta inclinación al aristocratismo que constituye uno de los matices singulares de la vida de la Villa.

Alcázar sufrió, por suerte suya, porque la consanguinidad, aún en lo ideológico degenera y elimina, una democratización precoz y profunda, de escasas excepciones, pero también singular, como en ninguna parte, de espíritu elevado y ética delicada, que encarnó dando altura moral a los ideales populares.

Estas dos aspiraciones se complementaron y dieron a la vida del lugar un equilibrio admirable, que hacía la vida grata para propios y extraños. Había una identidad de principios, orientaciones comunes y convenientes entre todos, con tendencia al bien y anhelo por lo mejor. De ello brotaba una repulsa general, intuitiva, anterior a cualquier pensamiento o idea, para todo mal proceder y el ambiente fue tan denso años y años, que anuló la estadística delictiva y si

no acabó con los resabios pueblerinos, los hizo tolerables y responsables ante cada quisquí. La frase parlamentaria de que las ideas no delinquen tuvo una conformidad general, pero eso era una cosa y otra la mala fe, rechazada por todos.

Los abolengos, más o menos genuinos, se sentían y se anhelaban y esas aspiraciones, esa busca del blason, era lo que ennoblecía la vida y contenía la maldad, dando al vivir alcazareño un progreso efectivo apreciable en la comparación con otros pueblos, en consorcio difícil de reforma y tradición.

A los pueblos democráticos les falta sentido de nivel y rango, pero Alcázar, tan liberal, es un pueblo de sentimientos generosos y limpios, cuya ética prohíbe lo mezquino o estrecho y ninguna época mejor para conocerlo que la que vivimos, de severos juicios para los excesos

Este sentido lo logró Alcázar después de mil infiltraciones heterogéneas y a costa de cierta despersonalización, por lo que no pudo darse más que aquí, persistiendo el espíritu caballeresco o aristocrático, de *alucinatorios destellos*, preocupado de la cualidad. Cada uno es un rey, nadie cree en la igualdad y cada uno tiene su pretensión de soberanía personal, lo que implica diversidad y menosprecio de la posición excepcional contigua. El orgullo y el sentimiento de



superioridad no admiten equiparación con otros.

El espíritu liberal, que llegó a saturarnos, vino bajo los mejores auspicios, aliado con el romanticismo y transportado por espíritus religiosos de sólida formación, equivocadamente combatidos, cuyas doctrinas se infiltraron hondamente convirtiendo en paladines austeros a las personas más rudas, ejemplos de probidad en sus largas vidas.

Este engranaje dió a nuestro vivir un tono medio de educación sana y rectitud de conciencia que no debería extinguirse, aunque se aminorara un poco el celo de los convertidos, pues aquella ética, esencialmente pacífica, implantó la desestimación del espíritu jayán y, conveniente o inconvenientemente, quitó a nuestro pensamiento toda inclinación guerrera, errática o aventurera.

*

*

Este grupo, fotografiado en el patio de don Aurelio Serrano en su casa del Altozano, debió reunirse para algún fin de exaltación patriótica, relacionado con la actuación de nuestras tropas en Africa, a lo que Alcázar estuvo siempre muy vinculado por el continuo paso de soldados y material por esta Estación.

Hay un predominio casi absoluto de mantillas, mantillas y tejas, formando un cuadro de carácter muy español y adecuado para un acto de esa naturaleza. La fecha de la cuestación fue del año 14 al 16.

Las postulantes prendieron unas banderitas que confeccionaron ellas mismas con papeles de colores.

La recaudación fue tan importante que permitió dar una comida a un regimiento y mazos de puros atados con cintas de los colores nacionales, pues entonces los cigarros se daban en mazos corrientemente.

Los jefes y oficiales comieron en la fonda servidos por nuestras señoritas y todos se fueron tan satisfechos y entusiasmados que durante algún tiempo menudeó la correspondencia de los expedicionarios y volaron las fotografías.

En esta ocasión no se instalaron mesas y fue el patio de doña Julia que, como se nota en su aire de tristonera baquiña asturiana, no estaba para andar mucho por la calle, el centro de reunión, según se vé en la fotografía, en la que figuran de arriba abajo y de izquierda a derecha, Consuelo Belbece, Enriqueta Alvarez de Lara, Teresa Martín, Anita Hernán, Pura Pérez, Felisa Pastor, Ramona Alberca, Luisa Manzanque, Carolina Bernabé, Gregoria y Matilde Saludador, Victoria Cordero, Marta Espadero, Carmen Marchante, Carmen de Laserna, Isabel López Grau, Julia Martínez, Teresa López, Leonor Laguna, Rosario Espadero, Carmen Peitavi, Adoración Pérez, Amparo Utrilla, Teresa Cordero, Obdulia Toribio, Julia Serrano, Carmen Serrano, Paz Martínez, Isabel Alberca y Llanos Espadero.

HUBIERA sido imperdonable que Alcázar, aldea de la Puerta de Atocha, unido a ella por el cordón umbilical del carril y recibiendo desde allí, por la caja de la vía, oleadas constantes de modernización, no celebrara verbenas a estilo madrileño.

Ya es sorprendente que no las haya celebrado desde que existen y por lo menos cada año, pero alguna vez tenía que ser y por el año 29, Simón el Peluquero y D. Miguel Aparicio, con sus respectivas esposas, que no hay que dejar a un lado, organizaron una, brillantísima, en la calle Resa, cuyas guirnaldas y cadenas se ven en la fotografía adjunta, hecha a esas horas en que las verbenas decoloran y ajan sus adornos al sol, mientras se reponen en la soledad del día de las agitaciones nocturnas.

La idea de Aparicio y Simón tuvo buena acogida en la vecindad, donde había personalidades tan sobresalientes como la Pantoja, que cuando sacaba el pecho por algo abría calle. Y la Fernanda Elías, que no había que comérsela de vista. Y las dos hicieron flores, como las demás vecinas de la calle, adornos y farolillos, transmitiéndose el entusiasmo.

D.^a Margarita y la Crisanta, con sus familiares, hicieron aquella lámpara que se puso en las esquinas de Tapia con tres mil flores de azafrán.

Los balcones se engalanaron con abanicos y jarrones de yedra que pintó Antón, a lo valenciano, hasta con barracas y la calle quedó materialmente cubierta de cadenas de papel. Hubo zorra en todas las casas. Limonada dicen en la Corte y la gente fue con mantones de Manila, como es de rigor en los usos madrileños.

Dos orquestas alegraron la fiesta, una en casa de Simón y otra en casa de Diego Vaquero. No faltaron los churros calientes y la animación fue tanta que durante tres días se quedó desierta la calle Castelar por irse la gente a la verbena.

Se eligió la Miss Canalejas, que lo fue una nieta de D. Enrique el médico, hija de Amparo y de Emilio el de Ceferino, quedando todo el mundo encantado y con ganas de repetir, pero no se hizo y de aquella iniciativa solo queda este retrato y la melancolía de sus organizadoras que, después de ver marchar a sus maridos, tendrán en este recuerdo un motivo más para añorar la vida pasada. Y la añoranza conforta, alivia y hasta rejuvenece.

La primera verbena que Dios envía...





Relación incompleta

Esta fotografía ha recorrido todos los pueblos del distrito y ha pasado por todas las manos que se suponía podían identificar al único señor que hasta el momento permanece desconocido. La decisión de publicarla es a ver si así salimos de dudas por la amabilidad de algún lector que lo conozca, pues se tiene por seguro que sea una persona del distrito y no ajena a los menesteres de la reunión.

Todos fueron tan nombrados que hasta a los que no los conocieron les sonarán sus nombres y se alegrarán de tenerlos aquí tal cual eran.

Sentados están los gordos, -claro-, de izquierda a derecha, Pepe Ortiz -D. José Ortiz López-, Diputado Provincial y Presidente de la Diputación muchos años. A continuación, Criado, -D. Antonio García Criado-, Diputado a Cortes por Manzanares varias veces y por último Senador. Después el Conde, nombre único en Criptana, su pueblo y en Alcázar, por lo cual la gente no le aplicó nunca otros apelativos a D. Ramón Baílló y Baílló, Conde de las Cabezuelas. El Conde fue un manchego, hidalgo y bondadoso, que tuvo la política como un deber de su posición, como una obligación que se hereda con los bienes y como una necesidad para que la comarca, en la que su señorío era factor principal, no yaciese en el olvido y el desamparo. Tuvo la representación, como Diputado o Senador, desde el 1893, -a los 30 años- hasta que se clausuraron las Cortes el 1923, es decir, otros 30 años, periodo en el que también fueron diputados por aquí D. José María Bar-nuevo, D. Francisco Baílló Castilla, D. Benedicto Antequera, don Melquiades Alvarez, D. Antonio Criado y D. Rafael Gasset, pero

a ninguno de estos les interesaba el distrito como al Conde, que era lo suyo y a ninguno dolerían los desdenes como a él, por ser cuña de la misma madera.

La Condesa era vasca y le apetecían más las almejas a la marinera que las migas de pastor, cosa que a D. Ramón le gustaba en caldero y comidas con uvas a la interperie, alguna vez al año, pero a pesar de todo vivía en la calle Leganitos, que sería casual, pero está más cerca de la Estación del Norte que de la del Mediodía. D.^a Luisa Manso y Pérez de Tafalla, La Condesa, era nieta del famoso guerrillero catalán José Manso y descendiente por línea materna del ilustre marino vasco, Blas de Lezo, el héroe de Cartagena de Indias y la casa de la calle de Leganitos, no obstante la gran pendiente hacia la Estación del Norte, estuvo siempre abierta a todos los manchegos para remediarlos en sus necesidades y dió posada a numerosos peregrinos.

Por último, Miguelito González, ricachón de Herencia y por herencia, muy metido siempre en el ajo electoral y que murió muy joven, de un cólico cerrado que le dió en una quintería, pese a los buenos oficios del bondadoso D. José Ortiz de la Torre, célebre cirujano de Madrid al que conocí trabajando y que vino a verlo. Era D. José santanderino, pero de aire oriental, estatura media y barba rala, muy competente, que gozó de gran prestigio, pero que, como es corriente en los cirujanos, no dejó a la posteridad más que el ejemplo recogido por sus discípulos. Una sutura de corazón, con salvación del muchacho herido, le dió una celebridad mundial, pues solo otro cirujano alemán se había atrevido a realizarla, que así se consideraba de intangible por entonces esta noble víscera. E igual pasó con D. Fermín Aranda, en Jerez de la Frontera, que extrajo un cuerpo extraño enclavado en el miocardio y sus barbas apostólicas dieron la vuelta al mundo y hasta tuvo que ir a París invitado para admirar al hombre que tuvo esa decisión. Muchos cirujanos más, héroes a la fuerza, impulsados por el deber de conciencia, se habrán visto precisados a realizar hazañas semejantes, pero por no soportarlas los enfermos, no trascendieron, porque la humanidad marcha, como decía Maura, a la zaga de las carrozas triunfales.

De pie está, en el centro, con pelambre fosca y grandes bigotes D. Maximino Cuadra, Secretario del Ayuntamiento de Críptana, único superviviente de la reunión, que no ha logrado recordar al que tiene a su derecha, que es el no identificado, pero se acuerda de que la foto se hizo cuando las elecciones de Moya, al que vencieron, -los del Conde, claro- en toda la línea, dice Cuadra. A su izquierda está D. José María Ortiz Olmedo, abogado, de Críptana, que pudo hacer carrera política porque tenía condiciones, pero que le faltó eso que llaman estómago y se agarró a la pluma y al estudio después de estar en el bufete de Silvela y se hizo un gran periodista y tratadista de temas de derecho y literarios.

No serán pocos los que se sorprendan de este conjunto fotográfico pero es innegable y ahí está y por lo que dice Cuadra, el resultado de los acuerdos, de cuya satisfacción es demostración patente el retrato, puede colegirse que fue el triunfo rotundo de unos y la derrota plena de otros, es decir que la alegría de la conjunción fue fugaz, que así son de efímeras las cosas de la vida.

CUANDO después de la primera guerra europea, empezaron a generalizarse los nombres largos, resumidos en anagramas de iniciales formando palabras nuevas, Alcázar, informado y atento a la corriente, salió con las tres aes mayúsculas que nos tuvieron largo tiempo con la boca abierta, porque la Agrupación Artística Alcazareña había de ser la de más larga actuación y la que acometería mayores empresas artísticas en el lugar.

Al conocerse en el pueblo la situación económica del pintor Lizcano, los aficionados al arte sintieron la necesidad de contribuir a remediarla y se formó la Agrupación con los que en épocas anteriores habían pertenecido a otras ya disueltas y con los que empezaban a sentir la comezón del teatro.

Este noble motivo originario se mantuvo a lo largo del tiempo y puede decirse que fue el sello distintivo de la Agrupación, pues fueron muchas las veces que actuó en favor de alguien o de algo. Cada vez que en el pueblo se sentía más o menos la obligación de poner un remedio económico a determinado compromiso, allá que iba el cuadro artístico a organizar un beneficio.

La obra representada a favor del pintor Lizcano fue AL ESCAMPIO, del Pastor Poeta, que se echó en el Teatro de la Plaza, la misma que luego se puso en honor de Emelina en el Teatro de Cristóbal, con asistencia del autor.

Todos los años hacían representaciones para las fiestas de la Raza en unión de los maestros y autoridades locales, obsequiando a los chicos con agua de limón y golosinas.

En el retrato figuran de izquierda a dere-

Agrupación Artística Alcazareña



cha, José Oropesa, conserje y dueño de la cocina y cuadra de la Placeta de la Justa, en la casa del mudo Girón, donde se empezaron los ensayos de la A. A. A. en presencia del borrico contenido en la cuadra por el palo atravesado que ponen los gañanes para que las caballerías no se salgan a la cocina al oler el pienso. Aunque no siempre lo evitan ni siquiera poniendo dos palos, porque se dan un arte para rascarse el hocico y empujarlos hasta tirarlos que cuando toman ese vicio tienen que atarlos de los cabezones para evitar que se salgan.

El borrico de Oropesa era más tranquilo y escuchaba con mucha filosofía los recitados teatrales.

El segundo del grupo es Gregorio Perales, oficial de Puebla.

El tercero es el hijo de Doña Aquilina, la maestra aquella de Villafranca que vivía en la Corredera.

A continuación Ernesto Parrilla, pintor de oficio, casado con una nieta de la María Manuela.

Después Antonio Murat, hijo del pintor.

Junto a él Paco Murcia, Director del grupo.

Domingo Murat, otro de los de Antonio.

Angel Palmero Ugena, galán del grupo.

Felipe Rojano, Presidente y actor cómico.

Camilo Leal.

Tobares, el hijo del alguacil de Primera Instancia

Carreño, hijo de Leopoldo y Tola, el de la Fonda, gran aficionado que se equivocaba mucho

Sentadas, Angelita Peinado, hija de Ramón, el pintor.

La chica de Castaña, el marmolista.

Carmencita Flores, la de Guarguero.

Manolita Reguillo, hermana del cazador.

Laura Pinilla, primera actriz.

Dominga Flores, actriz de carácter, también de Guarguero.

Teresita Monedero, hija del carpintero de la calle la Virgen.

Tomasita Lara, hija del maestro de pala de Josito.

Y Angelita Ortega, hija de Ignacio.

Todos los años hacían el Tenorio.

Estrenaron un drama de Jardiel Poncela y LA HOGUERA, de Serafín Adame, con asistencia de los autores.

En la primera colaboración para celebrar Santa Cecilia representaron "Dí que eres tú", de Paso, padre, y le regalaron a la Banda una preciosa corbata para la bandera que impuso el alcalde, D. Tomás Manzaneque, ante el director, D. Juan González Páramos.

Bolos hicieron por toda la comarca.

En Villarta, el día de la Virgen, representaban en la bodega del tío Dolores.

En Herencia, en la media bodega que dejó Ubeda sin tinajas.

En Pedro Muñoz, en la carretería de Ncé Zarco, firmando el contrato en la era sobre una trilla y una manta.

En el Puerto Lápice, en el saloncillo del Ayuntamiento, teniendo por escenario el estrado a cuyo borde se sentaban los chicos y la gente con sus sillas.

En Quintanar, en el Teatro Garcilaso.

En Criptana, en el Cervantes.

En Socuéllamos, Isidro el Cabrero preparaba el teatro de allí. Fueron a hacer una función a beneficio de una ermita que se estaba hundiendo, de Ntra. Sra. de Loreto y echaron D. QUINTIN EL AMARGAO, con un reparto numeroso de 16 músicos en la orquesta y algún acompañamiento de chicos. Isidro salió a esperarlos y como paraba poco el tren se apearon la mitad por un lado y la otra mitad por el otro. Isidro, asustado de tanta gente, al salir el tren y ver de venir a los que se habían apeado por el lado opuesto, no sabía qué hacer. Los alojó en las casas. Conrado, Emilio y los chicos con las señoritas se fueron a la fonda donde comieron sin pan. Los de las casas comieron muy bien y se divertieron luego mejor con las incidencias del hospedaje preparado por Isidro, amigo de crear situaciones apuradas para regocijo de la patrulla.

Organizaron una murga de primera muy bien dotada y uniformada, bajo la dirección de Antonio Sanz y la colaboración de Sabaneta, Urbán, Monedero, Angel Herreros, Martiniano, el Romanero, Paquillo, el Rulo, el Maño, Carlos el albañil, el de la Petra Méndez y otros varios.

Ellos fueron también los promotores de los primeros juegos florales alcazareños, celebrados en la feria del año 34, actuando de Presidente D. José Durá y de Secretario Pepe López. La reina fue Mercedes Béjar y el mantenedor D. Juan Botella Asensi.

Todos fueron invitados por el Ayuntamiento a los toros ese día.

El entusiasmo juvenil se atrevía con todo.

Una vez, pegando ellos mismos la propaganda se encontraron un conejo enorme por el Altozano. Lo persiguieron hasta rendirlo y lo llevaron a la Academia para hacerlo con pelotillas. Se relamían de gusto al pensarlo, pero al día siguiente, al afeitarse Marín al Alcalde, delante de Lillo y Martínez, hablando cómo iba el Tenorio aludieron a la caza del conejo.

—¡Oh! -exclamó el Alcalde, incorporándose en el sillón.- ¡Es el conejo grande que compré el otro día y me costó 40 duros!

—¡Caramba! -respondieron todos muy compungidos.- No podemos hacer más que convidarlo a cenar.



SUCEDIDOS

Obligado te veas

La Patrocinia del Perro, hermana del Cojo de la Carne, mujer de Victoriano Octavio, que pasó lo suyo, como cada quisqui entonces, para criar 9 hijos, sin ayudas, más los hombres, el ganado, las caballerías y las incumbencias de la vida, con pocos haberes y sin poder vivir, para no tener que entretenerse ni gastar en encender lumbre al tiempo de dárselas, ponía el pucherillo de las migas del chico al rayo del sol para que se mantuvieran templadas, ¡que ya es aprovecharse de los recursos naturales!

Llegó Higinio un poco ahumado y le dice la mujer:

—¡Ay, qué cargado vienes, peineta!

—Toma, para qué quería hacer otro viaje.

En otra ocasión le dice;

—¡Nos vas a enterrar a la chica y a mí!

—¡Pues sí, vengo yo bueno para hacer hoyos!

Alfredo el Retratista fue un elemento de lo más sobresaliente entre la gente de trueno de la bella época. No era torpe, sabía el recelo que se le tenía y se conocía a sí mismo. Solía decir que una marranaílla de vez en cuando no está mal; lo que pasa es que yo las hago muy a menudo.

ALCAZAREÑISMO PURO

Angel Soubriet, gran alcazareño, ecuánime, de buen criterio y limpia pluma, me ha hecho recordar varios detalles y tipos de la vida alcazareña, no olvidados ciertamente, pero tal vez silenciados todavía o no tratados con la atención que su representatividad merece. Esto es lo de menos. Lo de más es mi suerte para recibir estos testimonios de alcazareñismo tan íntimos, tan hondos y tan verdaderos, cosa que me pasa con frecuencia y desde los puntos más remotos. Por eso, cuando digo, -y lo digo siempre- que estos libros son obra de todos, digo la verdad y lo digo como lo siento, por el estímulo que en mí producen estas insinuaciones tan sinceras que cuando coinciden con un conocimiento y un sentimiento como los de Angel Soubriet y se expresan en la forma galana, depurada y justa que caracteriza la bruñida prosa de este paisano, tan propia de su modo de hacer y tan conocida como apreciada por los antiguos lectores alcazareños, entonces, digo, esta satisfacción no tiene límites y mi entusiasmo crece con deseo de elevar y airear la pureza del alma alcazareña, que es especial, como se dice aquí siempre, sí, especial y singularísima, porque eso lo decimos no envanecidos, sino quejosos de nosotros mismos por no ser mejores que los de otras partes que son así también y nos sentimos excépticos, pero sin poder darnos este sentir que aflora por la menor causa y más espléndidamente cuanto más entorpecida encuentra su manifestación.

Alcázar, pensamos todos resentidamente, es especial y difícil de comprender. Nunca se está seguro de haber desentrañado el fondo de su alma, pero es que Alcázar no es Alcázar ya. Sigue su evolución. La que le marcó el destino cuando se hizo segundo Madrid y como él ha recibido toda clase de aportaciones de los cuatro puntos cardinales de la península y de más allá, a lo cual se deben muchas cosas, entre ellas la tolerancia, la hospitalidad, la campechanía, la indiferencia y la desestimación de lo arcaico, porque no hay genealogía que no esté injertada por varias ramas con vástagos exó-

ticos que, naturalmente, no perciben el aroma de sándalo del arca vetusta y como trasto viejo acaba en la lumbre. Como compensación tiene que, Alcázar, es menos pueblo que cualquier otro, que se renueva y todavía más en su vivir que en su albergue, igual que Madrid, del que va de la mano, pero ¡cuán distintos uno y otro, de aquellos que en su honesta pobreza nos sedujeron con su grandeza de alma!

Las piedras carcomidas y el aterciopelado manto de los musgos, se fueron, amigo Angel. Y también los tipos de carácter y los hechos representativos. Queda la cantera. Las canteras, que siempre se nombraron en plural, las de las piedras y las de las tortas y queda la tradición y la historia, muy valorables, como coeficiente psicológico y manantial estético y ético de todos los tiempos.

Dentro de que el pasado hay que considerarlo indefectiblemente, porque pensar otra cosa sería una gran torpeza y una equivocación garrafal, como los factores intrínsecos de las poblaciones cuestan tanto de desarraigar, cabe la esperanza de que Alcázar recobre su equilibrio y en los rumbos nuevos afloren sus cualidades propias, que quedaron yuguladas el año 23, cuando ya había instalado su luz, traído sus aguas, construído su alcantarillado y hecho su parque, amén

de otras menudencias, *sin ayudas de nadie*, con la aportación de todos, con el sacrificio, el entusiasmo y la confianza de todo el vecindario, apiñado siempre en torno a la acción bienhechora general. Y cabe que esas cualidades que le permitieron ir por delante, no ya de pueblos de su igual, sino de muchas capitales,

aplicadas a las circunstancias nuevas le permitan consolidar la situación de capitalidad regional a que su situación topográfica le da derecho.

Su ponderada conducta será en ello factor de gran influjo, porque Alcázar no dejó crecer o consiguió borrar las querellas sociales, pues no le amargan grandes egoísmos y se conforma con su fácil pasar fraternizando con todo y con todos de forma natural y mirando la insuficiencia inevitable con un buen ánimo de superación.

*

*

*

OCURRIDOS

Cuenta D.^a Leonides, que el tío Jesús de su pueblo, hombre buenísimo, fue a servir a una casa de labor, cuando los señores comían en las casas donde trabajaban y hablaban durante la comida de lo que gustaba más o menos a unos y a otros. Un día le dice el ama:

—Tío Jesús, ¿es usted muy goloso?

—¿Yo goloso? No señora, ni Dios permita que lo sea.

—Bueno, ¿pero no dice usted que le gusta mucho el dulce?

—Eso sí; goloso no; lo que soy es bastante galgo.

Un propietario de Villacañas escribió a otro de Villafranca para que le mandara un criado de confianza.

El chelero le preparó un buen hombre, el tío Traga, pero conociendo lo agarrado que era el amigo de Villacañas, le advirtió que por si no hacía más que una comida, que lo hiciera bien.

El criado fue recibido con agrado y mientras hablaban dispuso el amo que la mujer preparara el almuerzo, que consistió en dos huevos fritos, un pan de tres libras y una botella de vino.

Empezó a comer y con el primer huevo se le acabó el pan, diciendo el amo a la mujer: —¡Chica, trae más pan!

Con el otro huevo se comió el segundo pan, menos un repizco que le echó a un perro de la casa que estaba mirando y lo cogió al vuelo.

El hombre al verlo exclamó:

—¡Quién tuviera tus ganas!

—Pues tú tampoco las tienes malas, dijo el amo.

—Ahora por las mañanas no tengo mucho apetito. Yo cuando hago el haz es a mediodía.

—¡Pero no será en mi casa!

Unos recién casados se acomodaron en una casa. A él lo colocaron a trabajar y ella se quedó de criada.

A los pocos días, le dice el ama:

—Ana, toma las llaves del taller y te subes los zorros.

La chica baja, pero como tardaba tanto tuvo que bajar también la señora y al verla delante de la puerta sin abrir, le dice:

—¡Pero Ana! ¿Qué haces ahí que no subes los zorros?

—Es que no me atrevo a abrir la puerta por si muerden.

La calle Pascuala

A esta calle le teníamos echado el ojo Fernando Vizcón y yo, pero no llegamos a clavarle el diente y ahora, después de tanto, ha venido solica y mansa a echarse en la banca de la cocina donde se hacen los sofritos para que se alimente la curiosidad del melancólico viandante.

Es una calle del barrio de los pastores donde el progreso ha hecho demasiados adelantos.

En el siglo de las luces fue elegida ya para montar la primera fábrica de la luz eléctrica que se instaló en la Villa. El local fue el último alto que hay a la izquierda de la fotografía, más allá de los escombros, alto pero de una sola planta, dando frente a la Travesía de la Mina, que se construyó con ese fin y después se convirtió en bodega, tomando nombre, que conserva, de su destino primitivo: "Bodega de la Luz".

Alcázar, hecho a tener de todo y siempre remisivo a los entusiasmos, le puso a aquello la sordina de sus cantares:

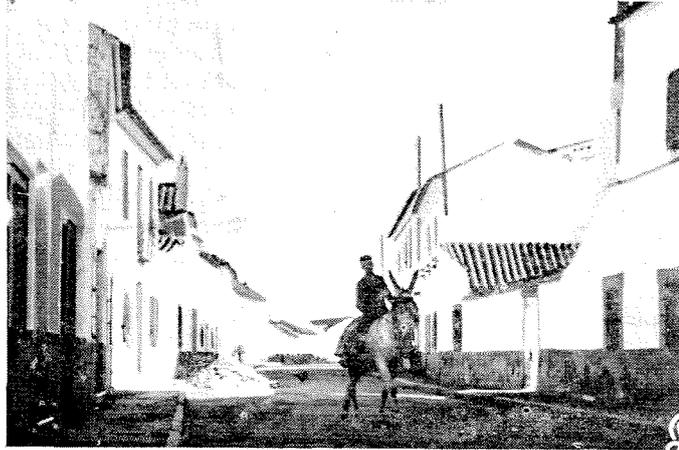
Alcázar ya no es Alcázar
que es un segundo Madrid.
Faltaba la luz eléctrica,
ya la tenemos aquí.

A esta fábrica era donde llevaban la caldera aquella tan enorme que volcó en la puerta de Ramón, de la calle de San Antón y que aínas si la sacan, hecho conservado por el pueblo en sus tarareos:

Ni que digas que sí
ni que digas que nó,
la caldera ha volcado
en la puerta Ramón.

La fábrica la montó el cura Anaya a su regreso de Filipinas, donde fue Canónigo.

César Anaya Castellanos, alcazareño, que se crió en la calle de la Feria, en la casa que después fue de Cárdenas; era hijo de José Anaya y María Josefa Castellanos, la hermana del Maestrín. Hombre listo al que los aires de fuera despejaron la mente de los mohos de la lobreguez y el abandono y volvió a España, como otros, cambiado él, con dinero y con deseo de renovar el lugar cuyo atraso recuerda y lamenta como obstáculo de su niñez, rasgos éstos no



siempre agradecidos ni aprovechados en los diversos pueblos donde los indios descargaron sus talegas generosamente con deseos de renovación y de allanar los caminos a sus sucesores.

La propensión de los Maestrines a intervenir en todas las cosas alcazareñas resultó esta vez plenamente justificada y reforzada por el parentesco próximo con D. César y a ellos hay que agradecerles el estableci-

miento de aquel adelanto y toda su instalación, por lo que resultaron los primeros electricistas del pueblo, aunque lo fueran, como nos pasa con todo y no por ellos sino por nuestro modo de ser, un poco a la pata la llana, porque César, el pequeño, que se siguió llamando electricista hasta el fin, cogía los alicates y se echaba un puñado de tornillos al bolsillo sin que nadie le ajustara las cuentas ni se supiera dónde iba ni cuánta pudiera ser la obra comprometida con Correillas y Julio Espinosa, cuya ejecución no llegó a terminarse en sus largas vidas, que se acabaron antes.

La luz se inauguró el 29 de Agosto de 1897, pusieron una bombilla de 10 bujías en cada esquina, de filamento de carbón y la gente, que se sentaba a coger el fresco a la sombra de la Luna, se quedó deslumbrada. Era alcalde D. Vicente Jaén Jiménez, el de la Millana, y subastó el servicio de la luz eléctrica, fue el año que se puso el balcón del poniente en el Ayuntamiento y se hizo la calzada desde la calle de Madrid, certero nombre, al paso nivel de Quero, con algún otro servicio que ahora parecerá superfluo, como el hacer el pozo del comienzo de la carretera del Tomelloso, cerca del

Camposanto, para dar agua a las caballerías y expropiar una casa de la calle de las Huertas para ensanchar la calle, por donde cae el Banco Central.

Aparte de la luz, lo que le dió a la calle importancia singular fue la bodega de Primitivo, cuya parte nueva se ve al fondo de la fotografía recortada por las arriscadas siluetas del zagal y su cabalgadura.

Siempre habrá que recordar a Primitivo



El Cura Anaya

Fotografía hecha en Manila el año 1879, al ser nombrado canónigo a los 37 años de edad

como el primer alcázareño y uno de los más calificados dentro de la vinatería. Antes

de él, la gente del Norte venía aquí a por el vino o se valía de corredores amigos para adquirirlo. El tuvo la idea de salir al encuentro de la necesidad y buscar mercado a su elaboración, de Madrid para arriba. El

contacto con los taberneros famosos de Madrid y fanfarrones mozos de pellejos, le dió traza, trapío y afición flamenca hasta la muerte. El trato, al que estaba hecho, le dió campechanía que se recuerda porque siempre llegaba a la calle saludando a las vecinas. Tuvo entusiasmo y acierto, trabajó con ilusión y cuando se le quedó chica la bodega vieja hizo ésta que se ve aquí de 257 tinajas, con más de cien mil arrobas.

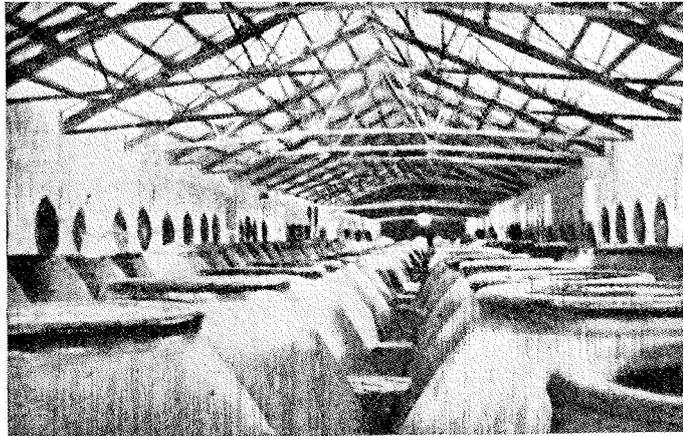
Estos corrales de las bodegas vieja y nueva de Primitivo en los días de vendimia son un compendio de nuestras maneras y es una lástima que no esté ahí él en persona.

Los carros son los nuestros, tanto los de lanza como los de varas, con los suelos sobre las seras, llenas o vacías y el capacho en el punterillo de la pontezuela. Entre los gañanes hay un predominio grande de yeseros que se distinguen por el aire de tomelloseros que tomaron en la plaza del pueblo hermano de tanto ir allí con todo el yeso que fue necesario para hacer el Tomelloso. Las blusas y los pantalones largos y sueltos, las boínas recortadas, los látigos o varas y la manera de estar

y fumar, incluso con la blusa en la sangría del brazo que alza el pito. También hay, aunque menos, gañanes puros, con traje de pana y albarcas. Los yeseros están allí como en su casa propia, porque Primitivo era de aquí arriba, por él y por la costilla, cuyo padre -Domingo Blanco Sanz, galaico- fue de los primeros maquinistas que trajo la Compañía y engrandecieron la Villa con sus aportaciones- y no perdió nunca la querencia ni le faltó la simpatía de los convecinos. Podría estar en cualquiera de esos corros, un poco finchado, con la chaqueta abotonada de abajo y el sombrero hacia la cara, inquirendo noticias de las viñas y del fruto. Aún en la época de más señor y mayor alejamiento no se le fué el airecillo rústico del

lugar ni el interés de nuestras cosas y el gusto de la charla con los hombres de la tierra.

La calle tenía muy buena vecindad pero entristecida. Un buen rodal para las mujeres que casi todas se quedaban viudas. No quiere decir ésto que no hubiera hombres y bien conocidos, pues es la calle de Cartagena, del Perro, de Zamarreta, de Juandela, cuyo último vástago, Crisóstomo, se despidió hace poco, todos



bien hechos, a nuestros modos y maneras, pues Crisóstomo, una noche de Pascua se vistió de máscara y se puso unas barbas de estopa pegadas con pez y unas gafas negras. Al volver del baile, un poco ahumado por esa atmósfera que se forma en el salón, se metió en la cama con la Rumalda sin darse ella cuenta, pero al despertarse se llevó el gran susto, gritó, le tiró de las barbas y con lo pegadas que estaban le hizo mal y se agarraron los dos,

despertándose toda la familia alarmada y moviéndose una gran tremolina. Porque Crisóstomo tenía una cachaza regular. Otra vez se les murió un chirrín y fueron unas del horno a hacer el cumplido y se encontraron la caja vacía encima de una meseja, sin nadie en la habitación. Se pusieron a buscar y estaban en el corral con el chico en brazos haciéndole retratos

Su hermano Ustasio, el del horno, era célebre, con la misma voz blanda, como

barrio de aparecidos y la gente está apercebida, Jaramillo profería, temblando, las expresiones reconocidas como eficaces para esos momentos, como si viera el espectro de algún difunto o tal vez viéndolo:

—¡Si de parte de Dios vienes, dime quién eres y a qué vienes!

El episodio acabó levantándose Ustasio y en risa general.

Otra noche estuvo en la cocina de unos vecinos donde estaba la familia en sus quehaceres y la moza haciendo pelotillas para el guiso del otro día.

Se subió al tejado y le echó por la chimenea un puchero atado a un cordel para que se lo llenara, pero el susto de los que estaban en la cocina fue tan grande al ver de subir y bajar el puchero que, según dicen, salieron echando leches, por que las cosas no eran para tomarlas a broma, pues lo de las apariciones era diario y lo de los duendes y almas en pena efectivo. La casa de Cartagena estaba minada, tan grande como era y con aquel corralón, imponía recorrerla de noche. Las gentes oían el frú, frú de mujeres con enaguas almidonadas de las mortajas, que se movían de un lado para otro

y al poco rato como si arrastraran cadenas y empujaran puertas los difuntos que estaban penando por algo. De día menos mal, todas las mujeres se iban allí con las almohadillas y los cestillos de coser y se llevaban los chicos al sol. Las criaturas daban guerra y pedían de todo y la Paula les decía:

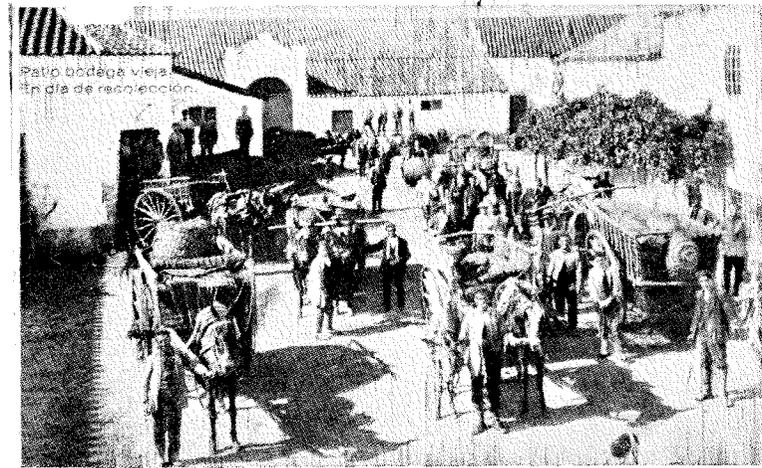
—Yo os doy corral y sol, pero jarro no, porque hacían gorrinerías bebiendo.

La casa, llamada del Vínculo, se la había comprado Cara Esparto, su padre -Miguel Izquierdo- a un tal Gorreta, de Tomelloso y como se casó con Cartagena la casa tomó luego el nombre de éste y hasta los duendes pasaron a la posteridad con su apodo. La gente se hacía lenguas de lo que penarían los difuntos en aquellos rincones tan lóbregos y

Patio de la bodega vieja

acolchada, que realizaba su temperamento bromista.

Una madrugada venía de avisar los piscones, con el cantarillo del agua caliente y la levadura. Jaramillo que vivía orilla, tenía la costumbre de sacar el brazo por la ventana antes de amanecer para ver si llovía y al verlo Ustasio se agachó y le cogió la mano, dándole tal susto que empezó a gritar llamando a la mujer y se levantó toda la vecindad. Como es



como pagaban después de tantos años muertos los hechos de la vida. Una vez se le hundió a la Paula la pata de la cama en el suelo, escarbaron y salió un baúl vacío ¡Qué misterios! Y otras veces sacaron pucheros y ollas también sin tener nada dentro. ¡Vaya usted a saber lo que eso sería! Así que con que se moviera una paja se le abrían las carnes a las gentes.

La persona más leída de la calle era la madre de los Juandelas, la tía Lucía, gorda y fuerte, que se sentaba a la entrada del horno y se leía las entregas de todos los novelones que lanzaban Luis del Val, Pérez Escrich, Fernández y González y demás autores de la época. Se sabía la historia de los Santos y la de Genoveva de Brabante al dedillo.



Patio de la bodega nueva

Ustasio decía: —A mi madre que no la interrumpen, que tiene que leer.

Y tanto se enfrascaba que no atendía a quien iba a avisar para cocer al día siguiente. La Lucía fue la que coció las rosquillas para el día de la inauguración de la luz, por que en el horno de Juandela se hizo el zurra para las autoridades.

El comercio del barrio lo constituía la tiendecilla de la Ruperta -Ruperta Huertas, hermana del Cojo de la carne-, mas acá de la Mina, viuda, naturalmente, con tres chicos, sin posibles pero con buen genio, como toda la familia. No sabía leer ni escribir, pero tenía un sistema infalible de contabilidad para el fiado; por cada duro un redondel

grande y por cada peseta uno pequeño. Dos reales medio redondel y cada perrilla una raya. Si la raya se junta al redondel es que se quita o resta, es de menos y si la raya no toca al redondel es que se suma o agrega, es de más; algunas veces había confusiones porque Vicente el Exprés decía que eran cuatro trabajando y su madre llevaba a la tienda lo de todos para pagar y todavía decía la Ruperta que le quedaban "redondeles" de los grandes, cosa que él no entendía.

Algunas veces los vecinos iban a comprar a la calle real del barrio, que es la de la Virgen, a la tienda de Cirilo y se recuerda que Zamarreta llegó un día diciendo:

—Colalio, ha dicho mi madre que me des dos céntimos de trenza pa talegas.

Era cuando llevaban esa prenda todos los chicos de teta.

La Paula de Cartagena era muy gruñona pero caritativa, favorecía a los vecinos necesitados y a Cocoto mucho, que venía frecuentemente con la carga de leña y la del vino. Metía en su cuadra aquel borriquillo tan currete y a él en la casa hasta que se le pasaba la borrachera y a los dos les daba de comer.

Con todos los inconvenientes y faltas que quieran señalarle los demás, ¡qué grata y que entrañable era la vida alcazareña hasta el día de la desavenencia!

* *

Calle de las Cruces

Fernando le tenía idea, como a su paralela la de Pascuala y ahora me las he tenido que bandear a solas con ella, aunque no tan a solas, porque las cosas del pueblo, interesan tanto a todos los alcazareños, que se desviven por aportar sus conocimientos y reconstruir generosamente nuestra vida pasada, que es nuestra fortuna, y en este caso, la María Justo y la Orfelina Pérez, discriminadoras también con Vizcón del pasado próximo, no han tenido inconveniente en aportarme a mí lo que le hubieran aportado a él.

La calle está esmaltada con una serie de nombres sugestivos que alguna vez se podrán entretrejer para formar la trama real de la estampa antigua que perpetue las tradiciones lugareñas.

Como se ve, la perspectiva del cerro con las olivas le da un aspecto muy atractivo que no debió ser ajeno a su trazado ni a las construcciones, totalmente desaparecidas y olvidadas, que debieron formar parte de nuestros usos habituales.

Vizcón hizo muchas indagaciones sobre ésto. Le tiraba el tema y hasta en su tarima de tullido se movía mejor que yo. Tenía sobre todo el tiempo por suyo, pero no podía trasladarse a los sitios donde hallar datos concretos y se tenía que conformar con lo que le contaban. Y las averiguaciones quedaron en suspenso.

El nombre de la calle es eminentemente popular, sencillo y lógico: calle de las Cruces porque las tendría, como la calle de la Cruz Verde, la de las Aguas, la de Santa María, la del Santo, el Arenal, el Altillo, la de la Estación, la de los Yeseros, etc.

Por esta calle se iba al Sepulcro, cuyos "pairazós" recordamos muchos todavía.

Cerca del Sepulcro había una cueva llamada del Santero y no lejos una oliva lla-

mada Santa. Y la Casilla de los Palos. Por estos parajes se celebraban, con romería y merienda, en pleno invierno, dos de nuestros santos viejos, Santa Agueda y Santa Polonia, ensombrecidos con luctuoso suceso.

Con estos elementos no es difícil a la fantasía alcazareña, propicia a la forja, trazarse explicaciones minuciosas de cómo y cuando y el por qué de cada cosa, poniéndola a gusto de todos, en tanto que algún investigador paciente lo acla-



re y justifique en forma indudable.

La calle era muy corta, casi todo campo. Terminaba por la acera de la derecha, que era la larga, en el molino del aceite llamado de Guerrero, donde D. Federico hizo la magnífica obra del Asilo, que en la fotografía queda disimulada por la altura de las nuevas construcciones.

El piso era de barro harrioso y se metía uno hasta la rodilla. Mas allá del Asilo, el camino hacia un hon-

do y había que subir un metro o metro y medio para alcanzar la acera desde la calzada, con resbalones y caídas diarias, para poder llegar a las casas que hizo el Rulo. Desde allí tiene el pueblo una de sus mejores vistas y su salida más agradable, pero pese a su amplitud y claridad, al buen sol de saliente y a la suavidad de las olivas, esta calle de las Maías, de las Farelas, de las Conitas, de la Roca, era un ejemplo triste y lamentable del espíritu arisco y enconado de la aldea, de la convivencia cruel, hasta el ensañamiento, que incluso en los momentos de

expansión y toque de músicas primarias como la de la zambomba, las utilizaban para lanzar al espacio las palabras más hirientes, para mover zambra y agarrarse de los pelos o arrastrarse por el barro, pero no siempre eran gritos desgarrados los que salían de por allí, a veces los transeuntes de la calle de la Virgen se iban diciendo:

—¡Vaya voz!

Porque la Nati de Gorrolo o la Cristina de Sandalio el Cacharrero cantaban y bailaban jotas y rondeñas en los corros de tomar el fresco los veranos. El tío Moreno, su padre, tocaba la guitarra y Antonio, los hierros, dándole a la calle ambiente grato en esas noches. Este Antonio era un buenazo, trenero, que cuando iba a Madrid se ponía en la Puerta de Atocha a hacer dibujos con tiza en el suelo y la gente le echaba dinero.



CUENTOS Y CUENTAS

Entre los sistemas de contabilidad ya citados en otros libros, y aún en este mismo, como el del tío Leña, la Simona y otros varios más, podemos incluir hoy, gracias a la amabilidad de su nieto Teodomiro, el de la tía Cobeta en su antigua tienda del Altozano.

Llega una y le dice:

—Escucha, Francisca, quiero que me des *fiao* hasta San Pedro que le pagah al hombre.

—Bueno, mujer; tráete un pucherete nuevo y te formará a cuenta.

Así lo hizo la Nicasia, como las demás que llevaban *fiao*, juntando más de cincuenta pucheretes registradores de cuentas, en los que al hacer compras depositaban, a la vista del comprador, una judía blanca por peseta llevada y un garbanzo por real.

Un día tuvo que faltar la tía Francisca y puso al cuidado al menor de sus hijos, el cual al volver ésta le dice muy ufano:

—¡Madre, madre! ¡He juntado lo de todos los puchereros en uno para que no haya tantos!

La tía Francisca, sin poder reír ni llorar, exclamó:

—¡Bueno hijo!, pondremos un potaje y encargaremos a Marcial, el carpintero, un ciento de tarjas.

LA prosperidad en el ambiente progresivo de la vida alcazarreña se ve contrapesada por su desventura para la conservación de sus reservas tradicionales, batidas día a día por la renovación del aire con la marcha acelerada de los trenes.

V E N T U R A

Las calles y las casas -es decir, donde vivimos- reflejan en sus aspectos nuestra actitud y nuestro sentir en relación con lo propio.

Y

D E S V E N T U R A

El detalle, al parecer intrascendente, de la simple denominación, ha determinado muchos momentos de duda, de indecisión y de irresolución en nuestro Ayuntamiento y la manera de reaccionar de los concejales, siendo las épocas diferentes y las personas distintas, demuestra la identidad y la continuidad de nuestra condición, desde que se inició el mejoramiento de la Villa, hace siglo y medio aproximadamente.

El contraste es evidente con los concejos más modestos de por aquí, regidos por cuatro cazurros, en algún caso conocidos como tales hasta por el mote.

Planteado en Alcázar el dar nombre a unas calles, la imaginación más pobre remonta el vuelo y trae enseguida, como para llamar a sus propios hijos, el nombre de alguna celebridad, propia o extraña, que eso es lo de menos si su rareza le suena bien al proponente.

Planteada la misma cuestión en otros pueblos, todos se fijan enseguida en algún motivo propio que justifique la decisión y perpetúe recuerdos de la localidad. Puede ser una calle nueva, pero en algún sitio está y en alguno comienza o termina, algo habría antes allí y de algún modo lo distinguiría la gente o lo nombraría ya desde que se empezó a hacer y ese debe ser y es su nombre propio, el que entre todos le dieron.

La gente primera será más leída pero es menos sentida y desde luego mucho menos advertida en cuanto a conservar el patrimonio espiritual de su lugar.

Como este mal es antiguo, a Alcázar le queda muy poco de lo genuino y lo que ha surgido de cincuenta años acá, se ha desfigurado con la mediación oficial. No se han respetado las calles de las Aguas, la del Arroyo, el Praillo, etc.; se han cambiado muchas, como la Nueva, la de la Luna, los Alterones, etc. y otras se han modificado torpemente, como la Puerta Cervera, el Santo, la Cruz Verde, la de Estrella, el Camino Quero, etc.

Se ha sembrado el pueblo de nombres extraños que nada significan aquí ni los puede relacionar nadie con las calles de Alcázar. Esto aparte de los varios que ya teníamos de raigambre madrileña, como la Corredera, la Rondilla y otros. No se respeta nada genuino, como si no se le quisiera, porque lo que se quiere no se daña. Parece que nuestro ideal sería despertar un día sin saber dónde estamos, desligados de nuestro pasado y sin saber qué camino tomar.

Se ha sembrado el pueblo de nombres extraños que nada significan aquí ni los puede relacionar nadie con las calles de Alcázar. Esto aparte de los varios que ya teníamos de raigambre madrileña, como la Corredera, la Rondilla y otros. No se respeta nada genuino, como si no se le quisiera, porque lo que se quiere no se daña. Parece que nuestro ideal sería despertar un día sin saber dónde estamos, desligados de nuestro pasado y sin saber qué camino tomar.

La Tía Joaquina del Suero

Me sirve de gran satisfacción poder publicar este retrato de la tía Joaquina, como vecina de la calle Ancha que es la mía.

Se la conocía también por la viuda de Bullones, su nombre más perdurable, sin haber podido saber nunca quién fuera el tal Bullones que la dejó viuda pero con el riñón cubierto para toda la vida, porque aunque se volvió a casar y se llenó de familia, tuvo para tomar y dejar y que le sobrara al irse para amparar a todos.

Amiga de la plata y de atesorarla acuñada, por eso sonó tanto cuando se vió precisada a sacarla para llevarla al cambio.

Su nombre era Joaquina Utrilla Castillo y sus propiedades urbanas estaban enclavadas, como las del tío Rufao, aquí hacia la Esta-

ción, como Rafael el Galgo, padre de Estanislao Utrilla, tenía la suya, Botines la que ocupaba el Repretao y ella la que lindaba con Carabina, aparte de la grande en que vivía, lindera a la de la Bernardina de Pepe Canto. Los Utrillas estaban todos afincados por aquí alrededor.

El segundo marido fue Juan Lizcano Romero, que también la dejó viuda, con el resultado contrario de la primera viudedad. Bullones le dejó pocos hijos y mucho dinero y Juan muchos hijos y poco capital, pero como ella tenía y no le faltaba disposición y ganas de moverlo, llegó a poseer uno de los caudales mas saneados del gremio pastoril que, sin ser una cosa del otro mundo, le dió nombradía y le atrajo la consideración y el respeto de todos, convirtiéndola en una de las mujeres notables de la Villa, cuyas semblanzas figuran en esta obra por mérito propio y estricta justicia, pues en sus manos crecieron los recursos que les entregaron, criaron y acomodaron a familias numerosas y fueron ante el mundo ejemplo de laboriosidad, de orden y de austeridad.

El recuerdo de la tía Joaquina tiene para mí muchas facetas entrañables y me enorgullece evocarlos y ofrecerlos como enseñanza, por lo que valiere, a las generaciones presentes y futuras que puedan tropezar en su camino con algún ejemplar de esta obra.

Me sorprende en este retrato el lustre, la gordura de la tía Joaquina y también, aunque no tanto, el aplomo, que si bien era muy pastoril, es opuesto a los afanes infinitos de una viuda de sus entenderes, incluso teniendo en cuenta el apacible sosiego que era una de las cualidades más estimables de la vida en cualquier circunstancia.

En la tía Joaquina, bien lo recuerdo, una de las vecinas que menos se veían en la calle, su casa de las de más movimiento y las dos de las más comentadas en los corrillos de ociosos que sentían la envidia del tener pero no la del hacer.



El "Don" del Médico

Choca a mi generación o por lo menos me choca a mí, tal vez por reacción resistente a la pérdida de atributos entrañables, oír nombrar a los médicos jóvenes por los apellidos.

Veo en ello un quebranto más de la personalidad del médico, que tantas pérdidas lleva sufridas en los últimos tiempos y hasta me parece que ésta, por serlo solo de consideración, es de las más importantes.

Antes pasaba lo contrario, al médico de pueblo se le nombraba y se le conocía solo por el nombre, "Don Magdaleno". Y no necesitaba más, porque era un símbolo, "el médico", que llenaba la fantasía popular como un héroe de romance, más todavía, como un mito, que convivía con el dolor y la muerte, entre los odios y las desventuras, entre el fervor y la ingratitud, entre el engaño y la nobleza de sus convecinos.

En un hombre tan alcazareño, tan conocido y tan popular, puede afirmarse que mucha gente no sabía sus apellidos y no digamos el intingulis de sus nombres, porque fue de los que inscribían con un nombre y los bautizaban con otro y hasta que entraban en la quinta o se casaban no se daban cuenta del nombre verdadero. En Don Magdaleno se debió descubrir antes por lo de los estudios, pero hasta ese momento llevó el nombre de Alejo, que era el de pila, -Alejo García-. Al establecerse de Médico la gente lo redondeó con el "Don" a modo de mote para nombrarlo brevemente y ya no se le aplicó más distintivo en toda la vida ni él lo necesitó más que para firmar certificados.

Todavía resuenan por aquí otros nombres de tanto acatamiento como el de Don Magdaleno, Don Paco, Don Florentino, Don José María. El arraigo era tanto que ni los más íntimos ni la propia familia utilizaba otro tratamiento en las conversaciones, dejándose llevar por el uso con la mayor naturalidad. Y hasta los chicos de la escuela se miraban para no conducirse irrespetuosamente con el antiguo compañero de juegos. Eso es lo que ha salido ganando el médico con el resalte de los apellidos o con la cursilería de lo de "doctor", que ha perdido el nombre y la personalidad.

OBSERVACIONES

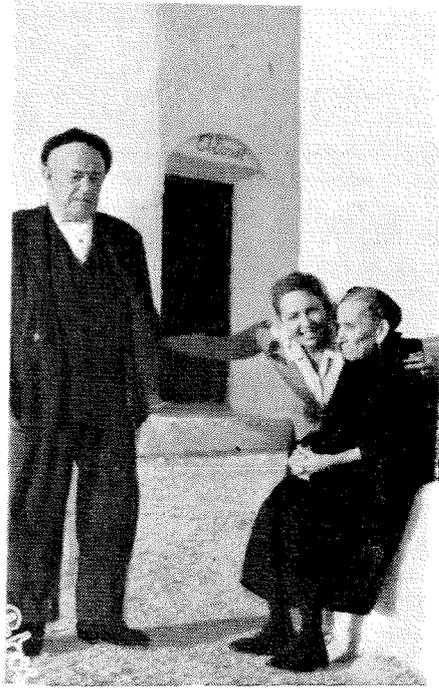
Reces, que ve por donde va y las caza al vuelo, oyó un día, al acercarse un forastero a la Hilaria de Moyares, que le preguntaba por una farmacia. Ella contestó:

—¡Ay! "mirusté", aquí no hay de eso.

—¿Pero cómo no? si es para comprar una hila para el dolor de muelas.

—¡Miá qué lechel, podía usted haber "preguntao" por la botica de Don Gonzalo.

Otra vez tuvo la Petra un chico malo y Don Magdaleno le gastó la fineza de mandarle huevos pasados por agua. Ella los puso en el chorro de la fuente y el chico tomó un asco con los huevos crudos que por poco si las lía.



CRISOSTOMO JUANDELA

(Crisóstomo Tejera Encerrado)

Después de impresas las páginas centrales de este libro, referentes a la calle Pascuala, ha llegado la fotografía de Crisóstomo que tendría en ellas su lugar propio. Aunque esté un poco separado no queremos que deje de figurar en este libro, pues para los conocedores del paño es igual y no por eso dejarán de colocarle en su sitio. Y ahí queda por si alguien después sintetiza los capítulos dispersos de esta obra.

El retrato es por demás sugestivo y grato por campear en él la simpatía arrolladora de Josita Hernán y estar hecho en la puerta de su molino, con lo que el molino y la molinera quedan ensartados en esta ristra desordenada de recuerdos alcazareños, con plena satisfacción y todos los principios y fundamentos de la más franca y cordial familiaridad.

No podían desear Crisóstomo y la Rumalda ni mejor emplazamiento ni mejor marco, ni mejor compañía. Está él todo lo recalcado que era, pero el tórax de enfisematoso le quita algo la naturalidad y desfigura el humor soterrado que le bailaba dentro y que fluía lento pero continuo y blando en su reposado hablar.

Su apodo -Juandela-, del que es postrera y muy conforme encarnación, va unido a la molinería alcazareña del principio al fin de este arte. Vencido ya, debió tener una gran satisfacción al verse transportado al molino tan alegremente y envuelto en la jovialidad retozona de Josita, que no es, bien se ve, tamo de la paja ni polvo de la harina, sino polen de las flores silvestres de los pilancones, tan puras, tan finas y tan hermosas.

*

*

*

Falta de espacio

La Rumalda rezaba al acostarse, diciendo:

¡Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen María y el Espíritu Santo! Y así muchas veces.

Soñando se cayó de la cama y Crisóstomo, pachorrónamente, exclama:

—¡Lo ves, Rumalda! ¿Quién te manda acostarte con tanta gente?

Más claro agua

Se hablaba de retrógados en una tertulia del Casino de la Unión y uno de los asistentes, algo despistadillo, quiso conocer el significado de la palabra.

Coralio se lo explicó gráficamente:

—Es como si tuvieras un cuarto de baño magnífico, con calefacción, water y todas esas cosas y te fueras a cagar a los Sitios.

¡Muchachos, lo que nos reímos!

Cuando veo actuar alguna vez a Gila, que tan bien observados tiene los tipos rústicos, con sus pesadísimas bromas y formas brutales de divertirse, pienso en las cuentas que se harán los espectadores de ahora al oírlo y en la probabilidad de que lo consideren todo como exageraciones caricaturescas del brillante humorista.

La verdad es que cuanto dice ha resultado pálido ante la realidad muchas veces y tratándose de noviazgos, horroroso, favorecido por unas costumbres semisalvajes.

De Alcázar mismo recuerdo escenas espeluznantes a pesar de haber sido lo mejorcito de por aquí, pero en un pueblo cercano había un mozo que le decían el Fraile y estaba pidiendo a una muchacha, hija de un espartero. Para que no lo viera y saliera dando lugar a podersele acercar, se escondía en un carro de lanza que tenía un vecino en la puerta.

Otros que lo venían observando, tuvieron la idea de agarrarse todos al carro y llevarlo corriendo hasta la casilla del paso a nivel.

El Fraile empezó a gritar: —¡Eh, que estoy aquí, muchachos! ¿Dónde vais? ¿No me veis? ¡Que me vais a matar!

Y los otros como si nada, hasta que cansados de oírle gritar, al llegar orilla del matadero volcaron el carro y cuando lo vieron de salir rodando se hicieron los sorprendidos, diciendo:

—¿Pero estabas ahí? ¡Si no te habíamos visto! ¡Vaya si hacemos lo que teníamos pensado de llevar el carro a la vía y dejarlo allí! ¡Jorobar! ¡qué tortilla te hacemos!

Y se fueron tan campantes.

El otro, que llevaba dos años detrás de la muchacha, tomó tal miedo que no volvió más y se quedó mozo.

¡Muchachos, qué risa, cómo rulaba por el suelo y qué voces daba, como diría Gila!

Tal para cual

El Puro se casó con una viuda que tenía un borrico del primer marido, muy cuidado y apreciado por la mujer.

Un día se le comió la merienda y el tío Puro la emprendió a mordiscos con el animal arrancándole las orejas.

Al llegar a su casa llama a la mujer y le dice:

—¡Mira, le he comido las orejas como él me ha comido la merienda, así que estamos en paz!

Sin embargo otra vez que hubo una nube muy mala y el Puro estaba en el campo con el borrico, la mujer clamaba diciendo:

—¡Dios mío! ¿Qué me tendrás guardado en estos momentos?

Y apareció el hombre en la puerta de la cocina diciendo:

—¡Un Puro mojado, un Puro mojado!

Fiesta menor

San Marcos es un santo viejo de nuestro terreno, pero general, que se celebra en todas partes y con mala fama.

En El Romeral dicen que San Juan hizo la pupa y San Marcos se cargó la culpa. Y aquí cuando Marcos era pregonero, que lo celebraba mucho y bien acompañado, cantaba por las calles y tabernas aquello de:

"Vísperas de San Marcos,
Santa Cornelia.
Mañana por la tarde,
salga quien quiera."

Jóvenes y viejos borriqueaban a sus anchas.

En algunos lugares hacían procesión y todo, pero desordenada e irregular, llevándola por donde se les antojaba, por lo que se fue desacreditando y cayendo en desuso.

En el pueblo antedicho, el último año de procesión, aprovechándose de que las puertas de las fraguas, como las de muchas cocinas, están divididas en dos, para protegerse del aire cerrando la media de abajo y que salga el humo y entre la luz por la media de arriba, taparon la chimenea, recogieron la deyecciones del pueblo, cuernos y otros residuos del matadero, guindillas y demás sustancias irritantes y pestilentes y encendieron los hornillos para quemarlo todo.

Cuando llegó la comitiva abrieron la puerta de abajo y salía una humareda tan pestilente que todo el mundo se fue tosiendo y llorando sin quedarles gana de volver a juntarse con ese fin.

Eran las bromas propias de las costumbres bárbaras.

Los mismos recibieron la visita de unos amigos de otro pueblo entre los cuales iba un sastre vestido de corbata y botas blancas.

En la casa donde estaban tenía agua la cueva. Le echaron paja por encima y pusieron unos bancos para pasar a por vino a las últimas tinajas. Invitaron al sastre pretextando que el dueño no les quería dar de aquellas tinajas.

Pasaron los primeros divinamente, pero el sastre fue a pisar en la paja y cayó al agua metiéndose hasta las rodillas y cuando estaba dentro empezaron a vocearle avisando que por ahí no, sino por donde ellos. Otros mientras tanto prepararon un montón de zocata -hollín de fragua-, y empezaron a tirarse de un empotrado a otro y cuando salieron de la cueva el pobre sastre iba para la exposición con su traje, su corbata y sus botas blancas.

Perfecto tenía un hermanillo que se quería ir de ronda con él y cogió tal rabieta que se lo tuvo que llevar. Lo tuvo toda la noche andando por el pueblo y al pintar el día lo llevó a casa. A la noche siguiente le pidió que lo acompañara pero el chico se negó. Desde entonces quedó en el pueblo el dicho de "Me has dado la ronda de Perfecto", cuando le dan a uno paseos inútiles.

RECUERDO como uno de los fenómenos raros de nuestra vida pueblerina, la invasión de gorras japonesas que sufrimos a poco de terminar la guerra ruso-japonesa con la victoria de los nipones en los primeros años del siglo. El año 1904 empezó, pero estas luchas no tienen fechas fijas, se vienen gestando años y años y se prolongan indefinidamente después de terminar, realmente ni empiezan ni acaban, su historia es la de la Humanidad y así sigue ahora en el mismo dilatado campo de las anchuras del océano Pacífico.

Era una gorra de plato pequeño y de visera corta, adecuada a sus creadores, pero impropia del hidalgo español al que daba un carácter caricaturesco, como pasa ahora con esos higos arrugados que llevan los hombres por sombreros. Sin embargo se impusieron como se han impuesto éstos.

No había entonces nada de lo que ahora nos precipita a cada instante en el torrente de la vida mundial ni lo hubo en muchos años después, pero el fenómeno de las guerras demuestra hasta qué punto el triunfador impone sus usos o de qué forma el mundo lo admira y se le rinde acatando hasta los últimos detalles de su estilo. Notable es y demostrativa a este respecto la facilidad con que la mujer se pasa al enemigo, digámoslo así.

En este sentido, las últimas guerras y revoluciones, precedidas de la nuestra, que quebró todos los resortes morales que eran garantía y asiento de una vida ordenada, podemos decir que nos han vuelto como un guante.

La subversión de las razas de color es tan evidente como la admisión y el acatamiento de sus usos y costumbres por parte de las razas llamadas civilizadas, que incluso rebuscan en las tribus salvajes los ritmos primitivos para ejecutarlos con instrumentos primarios en las salas de fiestas.

Este beneplácito y esta aceptación, son reveladoras de una adulteración tan profunda del buen gusto, que se han dejado

Gorras Japonesas

en completo olvido la buena música y el baile clásico y con ellos las buenas costumbres, el res-

peto mutuo y la estimación propia, seriamente comprometidos en el mundo entero a favor de una increíble relajación.

Resultará lo que resulte pero el triunfo es de ellos, no solo por ser los más, sino por haberse llevado de calle a los blancos e impuesto su moral que, más o menos, no la rechaza nadie y a favor de la corriente, porque ir en contra es siempre fatigoso y molesto, se les da la razón y ya hasta en las aldeas más pequeñas, que son las más apegadas a lo propio, se vive al día en todos sentidos y lo mismo que entonces nos pusimos las gorras japonesas ejecutaremos ahora los movimientos más lúbricos al son de sartenes y calderos, olvidados completamente ya de aquella santa mujer, reina y previsora del hogar, celosa del calor de sus hijos y respetuosa con el hombre integérrimo que con ella compartía sin descanso las penalidades de la familia por ambos creada, olvidados, también, de aquel médico santón, de aquel cura indulgente y paternal, de aquel escribano cascarrias y de aquel alguacil que le quitaba importancia. Ninguno tiene ya nada que hacer en esta baraúnda de danzantes alocados que caerán, rendidos y omnubilados haciendo muecas grotescas.

ENTRE los impactos venturosos que el ferrocarril produjo en Alcázar, -y no al mucho tiempo de empezar a funcionar- figura el de la incorporación a nuestra vida de una familia italiana que había de adquirir acentuado arraigo y amplia ramificación: la de Carrazzone, conocida por los Caldereros a causa de ser los trabajos de calderería su medio de vida.

No ha sido escasa, ciertamente, la aportación de esta familia a la nombradía de este pueblo y yo los recuerdo con agrado de verlos a diario en mi época de escolarante.

Procedían de la Italia meridional, de un pueblecito de sierra, Némulis, situado ya casi al extremo de la península, en la provincia de Potenza, que forma una región natural llamada Basilicata. En esta provincia es donde se ramifican los Montes Apeninos

del sur de Italia en forma de abanico, dando lugar a muchas corrientes de agua en dirección oriental, que abocan al golfo de Tarento y salen al mar Jónico. Es una zona volcánica en la que no escasean las aguas minero - medicinales, con buen clima y buen terreno pero atrasado y pobre. La capital de la provincia, -Potenza-, es la tercera parte

CALDEREROS Y CALDERERAS

que Alcázar. El pueblo está situado en el extremo sur, ya en las proximidades del golfo de Tarento, que como se sabe constituye la escotadura de la bota de montar de que tiene forma la península italiana.

Es una comarca agrícola en la que los campesinos aprenden el oficio de caldereros para emigrar a América, donde se fueron, también, los nuestros. La emigración nunca es inmotivada y la Basilicata es de las regiones menos favorecidas por la naturaleza en la espléndida Italia y desde luego la menos poblada y de las más afectadas, por entonces, de la malaria, hasta el punto



Como se ve, aún en tiempos pasados, esta aldea tenía su brillantez, situada como otras muchas, a gran altura, entre montañas, con casas, de varios pisos, construidas de piedra, con los tejados aplastados y animación en sus fiestas

de construirse los pueblos a grandes alturas huyendo de los mosquitos propagadores de la en-

fermedad. Desde su emigración a las islas del Caribe vino Andrés Carrazzone. Desembarcó en Cádiz donde tenía unos paisanos en las caldererías del Puerto e intentó poner un taller para construir objetos de cobre, pero desistió por la proximidad de las minas de Río Tinto y los muchos gitanos que se dedicaban a ese trabajo. Vino a La Mancha en busca de otro paisano, relojero, que andaba por Belmonte o Quintanar y que al parecer fue el que puso el reloj de nuestro Ayuntamiento y con él vino a Alcázar que le agradó por sus comunicaciones y aspecto,

y aquí se quedó. Una vez instalado fue trayendo a sus hermanos, Vicente, José y Francisco.

Andrés, como mayor de todos y cargado con las responsabilidades de la emigración y el afincamiento nuevo, no le dió tiempo a casarse y murió soltero.

Vicente se casó con la hija del Flete. De ahí que las casas estén juntas. Murió muy joven y probablemente de sobrepeso como era frecuente, porque solo dejó una hija, María Gracia Carrazzone Montalvo que luego fue esposa de Cesáreo Timbulín. Vicente se casó de nuevo con la Francisca Morales, viuda ya de Vaquero y con una hija, Rosario, que fue la mujer de Isidoro Paniagua. El nuevo matrimonio tuvo a la Gumerinda, la Rosa y la Lucía, conocidas de todos, pero las viudedades juveniles entrelazaban mucho a la gente y se confundían.

La Genoveva parecía Calderera porque su padre, Francisco Morales, hermano de la Francisca, enviudó en la misma forma de una Cantera. La chica fué criada por sus hermanas y al casarse la Francisca con Carrazón siempre estaba allí.

José vino casado de Italia con Teresa Galo y tuvieron cuatro hijos, Pascual, cuya rama es la única que perdura en la calderería, que vivió enfrente de la escuela del Cardaor, tuerto él, que se casó con la Paca Cañizares, hermana del Procurador, sin parecerse en nada, que le decían La Perita en Dulce. Y es que lo parecía por lo menuda y pizpireta. Francisco que era el de las sartenes y se casó con la Cayetana de la Cantera. La María que se casó con León Ramírez, el hermano del Manquillo y la Catalina que se casó con Miguel Rubio, cuñado de Caguillo.



He aquí a Francisco el Calderero, Francisco Carrazón Carrazón y Carolina Caputo Caputo, que eran primos hermanos, además de marido y mujer, pese a la discrepancia de sus apellidos.

Excelentes personas como todas las de la Calderería, gente sana de cuerpo y de alma.

Están muy de tiros largos, sobre todo él, de camisa almidonada, con lazo hecho, indicio de impericia y botonadura postiza, no cosida a la camisa, que era corriente e indispensable en tales pecheras, indomables como el cartón piedra. El cuello doblado indica llaneza y comodidad, pues el alto o de pajarita hubiera sido ridículo en él y sumamente incómodo por la cortedad de su cuello, las raras veces que se lo hubiera puesto cada varios años.

Ella está muy natural, más sería de lo que era y de honestidad en la vestimenta tapada hasta la barbilla.

Es su mirada lo más propio y expresivo. Su mirada meditativa, introspectiva y remota, la única que podía salir de una mente hecha al recuerdo y de un alma que vive de la añoranza. Puesta en relación cambiaba radicalmente para entender y hacerse comprender, para traer aquello a éste, pero una vez sólo, éste se iba siempre a aquello y eso es lo que nos dice su mirada, al parecer vaga, imprecisa, pero en realidad fija en un sentir verdadero.



Francisco vino casado de Italia con Carolina Caputo y traían a Pascual, el de la Espejera porque para eso fue así, ya de 10 años. Y hace falta distinguirlo de este modo para entenderse entre tantos Carrazzones, Carrazones y Carrazonis, que siendo unos y los mismos, ellos buscaron distinciones en las armónicas terminaciones italianas para parecer distintos, cuando esas leyes inexorables de la vida disgregan lo que nació junto y junto debió conservarse para no empequeñecerse. Pascual, este segundo Pascual, italiano de nacimiento y por ambas ramas, durse, durse, como hubiera dicho su madre, cambió enseguida el cobre por la plata y en el más durse farniente se dedicó a bruñir espejos.

Recuerdo de muy chico a los Caldereros en la Plaza de Cervantes, en la casa que luego compró Crescencio Barrilero, donde me solía llevar mi madre al ir a ver a su padre. Y creo que alguna de ellas vivió después a la entrada de la calle de San Juan.

Trabajaban el cobre a golpe de martillo sobre la bigornia, haciendo calderas y peroles de todas clases, depósitos, vasijas menores, cazos y algunos sartenes.

Como el comercio era muy reducido, aunque las necesidades no fueran muchas, había que satisfacerlas con lo que se hacía en el pueblo o en sus alrededores y muchas de las labores de los caldereros en-

traban como piezas indispensables en el dote de las mujeres, como la caldera de calentar el agua para lavar y hacer las matanzas, el cazo para cocer las hierbas o el azúcar tostada que se daban como medicina, la chocolatera, jarros y almirces, sin contar las obras mayores de alquitaras y alambiques a las que siempre dedicaron atención especial y que desde su principio dieron a Alcázar relieve en ese aspecto, porque hacían aparatos para toda la comarca compitiendo con los fabricantes de otras zonas más adelantadas o con más recursos.

Muchas de las piezas fabricadas tenían de nuevas y durante mucho tiempo, unos reflejos que hacían aguas y las realzaba en su presentación. Estos adornos los hacían a martillazos dados rítmicamente y con simetría en todo el contorno interior de las calderas, dando vueltas de caracol desde el fondo que arrancaba con un martillazo hasta las asas y era uno de los elementos que realzaba su arte y lo abrillantaba, alcanzando estimación entre los compradores, sobre todo en las piezas que habían de verse más por estar siempre colgadas en las cocinas.

La preparación de las ferias, época propicia a la adquisición, les llevaba algún tiempo y siempre exponían en ellas buen surtido de piezas de cobre y de latón o hierro los sarteneros, que tampoco era moco de pavo hacer aquellas sartenes tan grandes, que para reforzar la sujeción del rabo y que no se fueran los remaches con el peso cuando estuvieran llenas de tajadas, las reforzaban con un fuerte arco de hierro que se fijaba por su centro en el rabo y por los extremos en los lados de la sartén.

Los veía trabajar a diario a mi paso para la escuela por la calle Arjona, calle que resultó ensombrecida por varias desgracias familiares de aquellas que por entonces no se olvidaban jamás, como podemos atestiguar los que las sufrimos. Se murieron tres mozas a cual más hermosas y florecientes. La Rosa de los Caldereros, la Amalia de Puebla y la Leonidia de Polonio Delgado, con la agravante en éste, de morirle, también, el único mozo que tenía, Baldomero, al que todavía se le recuerda por sus buenas cualidades. Este nombre de Baldomero,

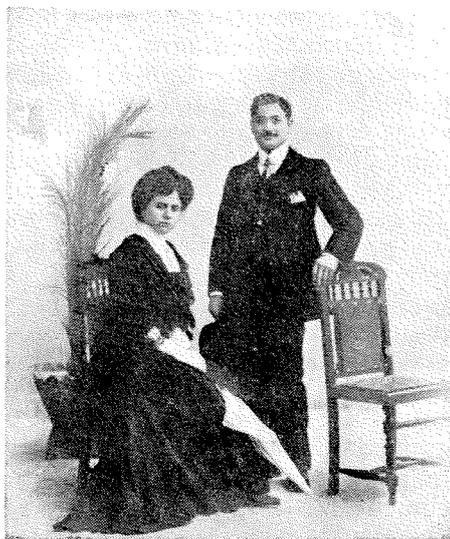
raro en Alcázar, donde solo había este y el mayor de los Ortigas de la calle de la Trinidad, salió, de seguro, de las lecturas del papel en la zapatería en la época de brillo del general Espartero, como se vió el nombre de Valeriano en el hijo mayor de José María el de los Papeles por el mismo motivo de la nombradía del general Weiler, y Práxedes, el de las Tocinillas, por lo de Sagasta y así muchos más de resonancia histórica, Amalarico, Sisenando, Acisclo, Demófilo, Aristides y mil más, porque Alcázar sufrió durante unos años esa desviación de lo natural y sencillo y la ingenuidad de creer que los nuevos vástagos podrían igualarse a los que hicieron famosos aquellos nombres.

El domicilio de la calle Arjona fue el definitivo de los Caldereiros, con su gran casa, llena de vida y de trajín por entonces, en la que Francisco nos parecía a los chicos un emperador romano, remangado, con aquellos mandiles de badana con peto hasta el cuello, tapándole los pies y dándole la vuelta por el cuerpo, tan fuertón, siempre trabajando y con aquella lengua y aquel habla tan suave. ¡Claro que tenía una mujer que ojo! para olvidársele el idioma.

Yo, que hablé con ella hasta sus últimos días, no la pude entender bien nunca ni ella hizo por aprender castellano. En todos ellos dió lugar a incidentes chuscos esto del habla. El mismo Francisco, como eran todos tan aficionados a la caza, viniendo del Banco, en el camino del Monte, con el tío Chavicos, al llegar al Cementerio le dice:

—¿Me peo, me peo?..

—¡Que te vas a pear, si ya estamos llegando!



Aquí está el hijo único de Francisco, Pascual Carrazón Caputo, con la Espejera, su mujer, Mercedes Palacios Santos.

¿Hace falta decir que es madrileña?

¿Es que no se le ve?

El peinado, el vestido y el aire, son los propios de su tiempo en la Corte, porque nació cerca de Cascorro y la bautizaron en San Andrés, pero igual pudo ser en San Cayetano, que están equidistantes del venturoso lugar que oyó su primer llanto. Puesta de pie, abierta la sombrilla y recogida la cola, podría salir tarareando con Luisa Fernanda aquello de:

"A la sombra de una sombrilla,
son ideales,
los madrigales...
a media voz."

Pues las sombrillas y los abanicos, usados largamente por damas y galanes, dieron mucho juego en todo lance de amor y siendo, al parecer, tan indispensables nadie los ha vuelto a echar de menos. Igual pasará con las gafas negras, que nadie notó su falta antes y que son otro entretenimiento y juego de manos y disimulos.

El padre de Mercedes, granadino, Enrique Palacios Oballe, entró en Alcázar de golpe y lo que se dice de pie, llamándosele familiarmente desde el primer día, El Tío Espejero.

Su madre, María Santos Adan era aragonesa y de ahí le viene a Mercedes el ser un poco terquilla.

Enrique plateaba todos los espejos de la comarca. La gente vió eso con misterio y decían que se encerraba para hacerlo donde nadie lo viera. El trajo a otro menestral que encajó también de primera, el Tío Ebanista de la calle Ancha, Francisco Sáez, el padre de Pelos de Oro, un pedazo de pan, como los hijos que aún viven. Era más sordo que una tapia, pero mucho más. Hacía muy buenas migas con Enrique y ambos con todo el mundo. Nadie sabía como se arreglaban con la sordera pero lo que se dice pasar sed, de estar así, sin una gota, se puede asegurar que nunca lo estuvieron ni se les oyó jamás una palabra más alta que otra, todo iba a compás, Enrique hacía el espejo, Paco le ponía el marco, la gente se embelesaba mirándose y ellos lo celebraban en silencio, batiendo el barniz y el azogue y apagando con caldo del país el polvo tóxico que se desprendía de tales elementos, por lo que nunca sufrieron el menor perjuicio ni se alteró su pacifismo.

La Carolina vivió fiel a su país de cuerpo y alma y como guisaba muy bien, la nostalgia de su tierra se traducía en unos platos exquisitos que ella gustaba de explicar previamente con un sentimiento y un gusto que parecía inspirada y que el cocinar era para ella una función poética y patriótica para que se supiera lo que era canela de su tierra. Lo hacía todo apetecible con su explicación, muy ayudada de mímica y ademanes por su exiguo conocimiento del idioma, pero en cuanto a los macarrones es que los bordaba. Y no digamos de los pollos deshuesados y rellenos que eran su fuerte.

Tuvo comensales de alto

copete, pues ella se complacía en su arte y favorecía las invitaciones a las personalidades que venían de su país, bien solas o juntas con otras de aquí que se enteraban y cuenta la Mercedes que una de esas veces, después de los macarrones sacó la sorpresa del pollo relleno asado, que nadie se esperaba ni se atrevían a tocar, teniéndolo delante, tan dorado y bien atado. Por fin se decidió uno y todos quedaron asombrados al ver la facilidad con que se hacía rodajas aquel pollo entero y tostado, pero la sorpresa fue mayor cuando la Carolina, muy satisfecha de sí misma, les mostró completo el esqueleto del pollo que se estaban comiendo.

Con las alegrías lo consumieron todo y uno se tragó el ovillo del hilo que la cocinera había olvidado dentro del pollo y al notar que alguna fibra más dura le quedaba entre los dientes empezó a tirar y estuvo un gran rato sacando hilo y como no se acababa, el hombre decía:

—¡Esto es que el pollo es de trapo y se está deshilando!



AMIGOS PARA TODO

En el pueblo de la Frater había un tal Toribio que se presentó en una boda sin convidarlo.

El novio preguntó a la novia qué parentesco tenía con él para invitarlo y la novia le contestó que ella creía que iba por él. Fueron juntos a preguntarle por parte de quien iba y Toribio les contestó:

—Por la mía. Cuando se murió tu padre tampoco me convidaron y vine al entierro.

Otra del mismo lugar, —y esto está calentito,— necesitó ir a Toledo a hablar con los de la Diputación y al llegar allí no supo donde ir. A la vuelta le preguntaron con quien había hablado y ella contestó:

—Con una que tenía dos carreras de botones.

Por Piédrola otra vez

Desde que el desengaño y la desilusión me apartaron hace ya años de este hermoso paraje no había vuelto por él, pero tan paseado lo tenía del tiempo que retuvo mi atención que, ahora, al volver, desaparecidos ya los amigos que me acompañaban, he sentido una gran tristeza, porque se nota su falta y se aprecia que otras manos, con otras miras, han cambiado la estructura de aquello. De aquello y de ésto, porque al salir me encontré con que el camino de Piédrola, que antes de llegar a los aguadizos del Arroyo del Albardial se abría en tres, como un abanico, el carril de la Casa del Majo, el camino de Madrid y el de Tello, ahora no se usa y la gente echa por este lado de la larga de la vía hasta llegar al camino de Quintanar en su cruce de la vía del tren a nivel de la última pedriza.

Ha sido causante de este retorno nuestro gran pedagogo D. Julio Maroto, embaucándome con una finalidad tan utilitaria como la de ver las pedrizas y los restos fragmentarios de las labores de nuestros canteros. Esto no servirá para nada pero es lo mejor de allí, porque Piédrola sin pedrizas y sin las arenas de su desintegración, sería una parte más del áspero camino que a ellas conduce.

Domingo último de septiembre de 1966, día inicial de vendimia y de entrada oto-

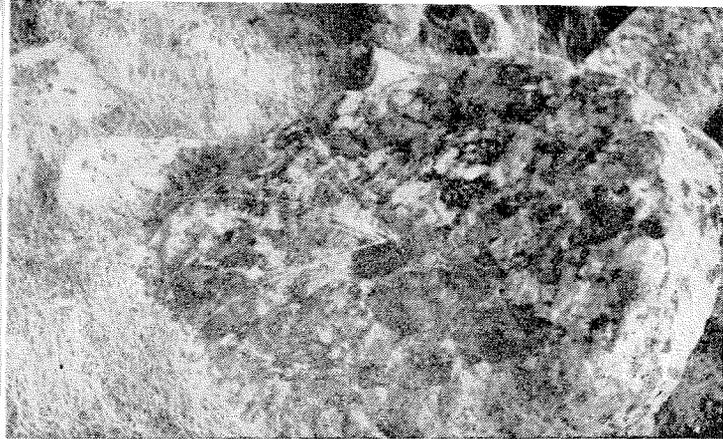


Hermosa vista de las casas de Piédrola tomada desde la falda norte del Castillejo.

Está en primer término la casa de Mónico. A la derecha la grande de los Cucos y la huerta. En segundo término, entre las dos anteriores, la del Moralo. A la izquierda de este caserío se ven las casas de Luis Sierra, la de Blanco y la de Berbés. Estos dos últimos, maquinistas de los primeros tiempos, gallego el primero y francés el segundo, que no se limitaron a empuñar el regulador, pues como se ve montaron su agricultura, hicieron su gran casa en el pueblo y criaron sus buenas familias.

La fotografía da una idea muy clara del paisaje, antes montaraz, dejando a un lado su parte abrupta de la que es botón de muestra la segunda fotografía, hecha al pie de la higuera del Rasillo, que es la segunda pedriza yendo desde el lugar y la más atractiva. Junto al árbol maltratado están, Julio Maroto, sugeridor y animador de la excursión, al que le rebosa la satisfacción y se le ensancha el pecho respirando aquel aire y Manolo Comino, el nieto de los dos Polonios, el de Pellás y el Zapatero. Comino muy Delgado que le tiene a Piédrola el apego que merece. No todo es admiración y aire embalsamado, porque los dos están echando sus cuentas sobre unas pisadas que han visto al subir y el deber de todo buen cazador es acabar con la pieza que se ponga a su alcance. Al caer del cerro están las zorreras donde suele haber conejos y al saltar de éstas el anchurón más resguardado y silencioso para vivir tranquilos.





ñal. Todavía no ha llovido pero numerosas nubes remansadas quitan al sol su claridad y anuncian el agua próxima. El aire trae una cálida suavidad aromada.

De cuanto puse por allí algunas madrugadas con mi primo Angel, el de Borrego, no quedan ni señales.

Quedan las cepas y las olivas del Castillejo, desmedradas. La cerca desmoronada y como envejecida, rehundida. La corraliza de lo del Cuco, hundida del todo, el hastial de la casa grande remozado y, en el ejido, un aprisco puesto en uso, al amparo de los pairazos de Aguilera, que no son los de la huerta, cuyos vestigios se van extinguiendo con incontrolable celeridad.

El paisaje está más desolado que antes y se hace más perceptible la soledad. Hay menos árboles y la huerta convertida en rastrojo, siendo las únicas notas de vida el tembloroso balar de unos corderillos recién nacidos, ateridos en la corraliza del norte de la huerta y la higuera del Rasillo, antigua conocida de los lectores que, ahora, entre un frondoso bosque sin fruto, asoma innumerables y largos brazos resecos, como huesos descarnados de un gigante descomunal.

La hondonada de las zorreras, al caer de la higuera, de tierra tan fértil como la de todas las pedrizas, para haber criado una arboleda espléndida y hacer de Piedrola un oasis magnífico, está sin más señal de vida que algún que otro gazapeo de conejo.

Aquella olla de la

Piedras labradas de las que existen ejemplares en todas las pedrizas, aunque las haya más numerosas en las proximidades de la casa de Malagueña, que fue, con sus hijos, el último picapedrero y el que más tenazmente persiguió día y noche la caza querenciosa de aquellas hazas. ¡Raza de galgos la de los Canteros, que olfateaban los conejos y las liebres a mil leguas y seguían, con seguridad pasmosa, los rastros más inverosímiles!

En este recorrido no se ha encontrado ningún rulo. Tan solo uno pequeño y poco característico en la pedriza de la carrasca, que por ser poco demostrativo no se fotografió.

Esta escasez de rulos, ante la abundancia de piedras de molino, demuestra que los rulos se siguieron usando más tiempo y que se colocaron hasta última hora cuantos se hicieron, preferentemente en los moladeros de yeso, tan numerosos aquí y en toda la comarca. La tosquedad de esa molienda evitó la crisis que sufrieron las piedras de molino, que fueron abandonadas, incluso después de hechas, como se ve en la que se reproduce cuyo agujero está atravesado por los pajones del suelo.

En la fotografía inferior figura una de las pilas o suelos de prensa de que se habla en el texto. La forma circular se interrumpe a un lado con una especie de testa, muy clara en la fotografía, para fijarla en su colocación y un poco más arriba el canal de desagüe. La poca profundidad del círculo interior y sus dimensiones, recordando las prensas primitivas, con sus embelecas de tablas e incluso con pleitas y sogas, induce a pensar que estas piedras fueran utilizadas como soporte y asiento de aquellas prensas de jarraiz. No obstante los buenos conocedores podrán aclarar esta hipótesis.



huerta, tan atractiva otrora, empuja al caminante a seguir andando en busca de la estancia grata, que al fin la encuentra en la pedriza última, niveladora del suelo a la altura de la vía, cuando sale del desmonte y asiento de las alegres casejas de Malagueña, Sebastián el Calero y Eugenio el Cuco, que, aún cerradas, vivifican el paisaje.

En sus proximidades se encuentran las rocas íntegras que quedan en Piédrola y también los últimos restos de obra inconclusa de nuestros canteros, trabajos postreros de una época de transformación que paralizó una industria floreciente de la antigüedad.

Son numerosas las piedras de molino que se ven por todas partes, unas a medio tallar, otras casi terminadas, calzadas y en alto para trabajarlas por igual, perforadas en su centro casi todas, algunas en forma de pila, de poco fondo y con desagüe canalizado en la superficie hacía un lado, como para recoger lo exprimido o machacado de algún fruto.

La gran cantidad de molinos de toda la comarca debió tener bien ocupados a los canteros y la decadencia de su industria, señalada mucho antes de la declinación de la molienda, se debió, en opinión muy verosímil de Sebastián, a la calidad de la piedra que a pesar de su dureza se desmoronaba y rechinaba un poco el pan y para darle finura a la molienda se im-



Este paraje de la última pedriza es de los más alegres y despejados de Piédrola. En él se aposentaron los canteros y en él se conservan las rocas nativas íntegras que quedan y los restos más abundantes de la cantería.

La casa en cuyo esquinazo están los guardas, es la de Malagueña. Le sigue la de Sebastián, el Calero, que tiene a continuación la de Eugenio, el Cuco. Las tres son iguales y están implantadas en la altiplanicie de la pedriza, junto al paso a nivel siniestro del camino de Quintanar, en el que los trenes descendentes se presentan inesperadamente, como monstruos infernales, a la salida del desmonte. Los guardas son Ambrosio Arias García "Macuquín" y José Minguez Castillo "el Bolo".

Se ve que la fotografía es reciente porque estos guardas no tienen más amparo que la garrota.

El primer día llegamos a la casa poco más de las siete de la mañana. Ya tenían barrido y regado y el caldero volcado en la piedra como se ve. No nos conocieron y nos separamos de ellos llevando una bolsa para echar uvas. Estuvieron observando por donde íbamos y lo que hacíamos y al volver, exclamó Macuquín:

—Entonces, por lo que se ve, ¿usted es Rutao?

Y era, naturalmente.

D. Julio quedó sin identificar.

La misma tarde que se hizo la fotografía anterior tuvimos la suerte de encontrar allí al amigo Sebastián con su familia, en la puerta de la quintería, dispuestos ya para venirse al lugar. En su propio honor y en el de su padre, aquel buenísimo Casimiro Pozo, que no fue Cantero él, sino calero, pero que lo fueron sus mujeres, por partida doble, como las de Brocha, se hizo el retrato que perpetuará este casual y feliz encuentro.





Al poniente de la pedriza de las casas de los canteros, hay esta gran oquedad, labrada por la erosión. No es una cueva ni mucho menos, a pesar de su aspecto troglodítico. En sus contornos hay muchas piedras labradas y abandonadas en diferentes momentos de su preparación. D. Julio, que lo observa todo y lo coteja, no ha descubierto en su interior ninguna huella del hombre primitivo, deduciendo que éste es de época más reciente. El agua picara que todo lo socava y transforma.

construcciones, utensilios domésticos fragmentados, señales de fuego sepultado y hasta restos humanos.

Si Piédrola fue un descanso de vereda o un despoblado antiguo, como Villacentenos o Villajos, nadie se atrevería a afirmarlo, pero algo dice a este respecto la existencia del Castillejo, su emplazamiento y que los restos humanos se hayan visto, al hacer hoyos para olivas, en la vertiente norte de éste hasta más allá del camino, en la misma dirección que los restos de construcciones, de las que el Castillejo podría considerarse avanzada o vigía, por la amplitud del horizonte que desde su altura se domina hasta más allá de Alcázar. Como debió serlo también el castillo de la Alameda y tal vez ambos adelantados, en opuestas direcciones, de la fortaleza o palacio de Alcázar.

Y algún motivo anterior determinaría la atracción de personas pudientes para hacer construcciones tan sólidas como las que acreditan los pairazos de Aguilera y las más modernas pero no inferior calidad de la casa y huerta de D. Juanito, en un sitio de tan largo y penoso acceso, aunque de tan grata llegada, que a su sola vista se expansiona el ánimo y se respira a gusto, dando por bien empleadas las fatigas del camino.

Es lamentable que nuestro modo de ser haya impedido, hasta ahora, que las pedrizas sean un bosque y Piédrola uno de los pocos puntos próximos a que los alcazareños podríamos dirigirnos, incluso andando, a respirar aire puro y solearnos sin achicharrarnos.

plantaron las muelas de pedernal que todos hemos conocido.

Desaparecidas la cantería y la molinería, las piedras labradas que se ven por las pedrizas constituyen vestigios de la industria pasada, que no podían dejar de llamar la atención de una mente tan ágil y

despierta como la de Julio Maroto, pero hay otros muchos restos que acreditan la presencia permanente del hombre en tiempos remotos y Pedro Arias, tan conocedor del campo y tan observador, es de los que más detalles tiene recogidos sobre la vida anterior de Piédrola, donde es frecuente encontrar restos de

* * *

LOS TRABAJOS y LOS DIAS

Imaginarse a Ulpiano, a Cuartero, a Manuel Paniagua... tan serios, tan cabales y tan en su papel siempre, las cuentas que se echarían si vivieran ahora, con tantas fiestas y

tantos pretextos para descansar.

En sus buenos tiempos, no mejores por pasados, sino muchísimo peores por la necesidad, lograron, como se sabe, hacer una distribución de la semana propia para el gremio zapateril, que quedó como modelo para "los artistas" que fueran capaces de seguirles, que no era fácil.

Se les puede suponer pensativos, cabizbajos, como achicados por los "progresos" de los tiempos, que llevan camino de anular su "avanzada" previsión.

Siempre los zapateros habían celebrado los lunes como día de su Santo Patrón, San Crispín, con los cuerpos estragados del domingo y desganados para todo, lo mismo para comer que para trabajar y lo despachaban con un zurrilla y algún refrigerio a media tarde.

Ellos tuvieron la valentía de redondear la semana en la forma conocida:

Los lunes, San Crispín.

Los martes, fiestas holgantes.

Los miércoles y jueves, fiestas solemnes.

El sábado para descansar.

Y el domingo, de lo suyo se le dá.

A pesar de ésto hay que reconocer que ellos hacían algo todos los días. Dejación total del trabajo no lo solían hacer, pues mientras se hablaba o se preparaba montaban medias suelas el día más señalado.

Lo llevaban todo a ratos, con predominio de la broma. Nunca les faltó tiempo para un zurrilla, un truque o una secansa, ni le dieron un mal rato a un pito, pero si vieran el sistema actual no saldrían de su asombro ni comprenderían cómo habían hecho el tonto de esa manera. Les avergonzaría su sentido de responsabilidad y verían sus travesuras como la más bobalicona ingenuidad y hasta se abochornarían de la puerilidad de sus atrevimientos. ¡Qué pobretones hemos sido, pensarían, pasando la vida entera en el rodal que nacimos, con cuatro perras y bailando de contentos! ¡Y que eso sirviera para acusarnos de desfachatez y de incumplidores del deber por gandulería, cuando ahora cualquier rapaz con boceras recorre el mundo, gasta y triunfa y se ríe de nuestra pobreza, sin importarle otra cosa más que la vida pelicular!

¡Y nos parecía a nosotros que íbamos por la espuma cuando vino el vapor y se hacía todo por él, hasta los calomelanos! Pero muchachos, ¿dónde nos hemos quedado? Si no somos nadie. ¡Qué inocencia la nuestra!

El aire madrileño, portador impenitente de todos los efluvios de la Villa del Oso y del Madrid, fue imponiendo las agremiaciones del artesanado local en los primeros años del siglo.

Agremiaciones

Por lo que recuerdo, en ninguno hubo unanimidad, pero sí fueron minoría los disconformes.

Esas asociaciones voluntarias, nacidas de la necesidad de defender los intereses profesionales, sin ninguna norma a qué atenerse ni disposición obligatoria, cuando querían dar mayor solemnidad o fuerza a sus acuerdos, acudían ante el notario a que diera fe del compromiso formalizado. Y eso hicieron varios maestros carpinteros de Alcázar el año 1904 ante D. Trinidad Elías.

Otros lo escribían ellos en un cuaderno de los de la escuela y lo firmaban, porque ya entonces se decía que lo escrito es lo que canta, para que nadie se haga atrás ni tergiversar lo convenido.

El compromiso de los carpinteros lo firmaron muchos cuyos nombres se recuerdan con afecto: los Quintanillas, los Muñozes, Carretero y Sánchez, Navarro, Enriquillo, Pepico, El Rulo, Gude, El Manchao, Cenjor, Olivares, Raboso, Magdaleno, Camacho, Alaminos, Requena, etc. Se echan de menos el tío Laureano, Pajarillo, El Angelillo, Marcial, Corona, El Ranchero, Naval, Julio Camacho, Ramiro, etc.

Fueron testigos del acuerdo Pablete y Garrido, como escribientes de la Notaría. Aparte de las normas de respeto mutuo y compañerismo, que eran poco más o menos comunes a todas las agrupaciones, los carpinteros figuraron en ellas unas notas de precios que conviene reseñar como recuerdo.

Por amochetar un tirante nuevo a 10 céntimos por vara, si fuere cepillado, y a 9 si no lo fuere.

Por hacer una tiserá de una anchura, 1 peseta 50 céntimos.

Las de dos anchuras, siendo de tirante o media sesma, 7 pesetas y si lleva la madre empalmada, 8'50.

Por enmaderar y encabriar, 50 céntimos el metro cuadrado.

Por empotrar, cada hueco de tijaja 2 ptas. y si fuera forrado 3.

Los demás trabajos a convenir entre el maestro y el amo a tenor de los anteriores.

Todas las asociaciones se reunían un día al año en el campo a comer y beber holgadamente, siendo El Mamello el lugar elegido con más frecuencia.

Los carpinteros lo hacían el día del Santo Patriarca San José, sin temblarle al mal tiempo, propio de esa época, en aquellos años ásperos, de ventiscas enloquecedoras.

Hombres de buen diente, entre broma y broma, se engullían las mejores magras, con los primeros tragos de la mañana, según picaban la res. La jornada transcurría a ese tenor y remojada lo suficiente para amagar el polvo de los aires más arremolinados, que acababan echándose a la caída de la tarde para que los reunidos se fueran poco a poco en busca de la cama que necesitaban para dormir la mona.

RINCONES

DESAPARECIDOS



ESTA es la casa de Parra el Barbero, al volver desde la Plaza a la calle de Santa María, con sus portaitillas del corralete y la del rincón del pelo, donde en tiempos metían ellos los cajones y las banastas del pescado y arrojaban los rastros de la Barbería.

Este hastial se beneficiaba mucho del anchurón de la calle de la Cárcel para recibir la luz solar, en contraste con la umbria de la Plaza que perjudicaba a la fachada.

Era uno de los puntos más transitados de la Villa, paso obligado de la parte antigua del pueblo y lugar de comidilla permanente de cuanto daba de sí la vida del lugar, pues las dos caras de la esquina daban protección continua, fresca en el verano, soleada en el invierno y para cuando la asperidad del clima se hacía inaguantable no faltó jamás el amparo y la alcagüetería de la barbería.

Era la parte más vetusta de la Plaza y del paso a Santa María, que empezaba con dos casas nuevas, la del tío Laureano y la de Mitailles, quedando entre ésta y la de Pantoja la vieja esquina, que sobre la puerta tenía un corredor que hacía juego con el de la Gorgusa, en los Portales, al otro lado de la Plaza, tabicados con adobes los dos y un ventanillo para asomarse. El de

Parra, con los años se hizo panzudo, ganando en respetabilidad, porque mucha gente lo miraba y se apartaba, como hacían al pasar por el Boquete desde que se pusieron los hitos, temerosos de lo que pudiera caer.

Esta esquina, desocupada por vieja y muy alcagüeta, poseía los secretos auténticos de media vida del lugar, aprendidos en las murmuraciones de todos los que asobinaron allí sus costillas en el curso de los siglos. Todos se los guardó como bruja discreta y al caer los envolvió en cascotes y polvo que arrastraron las ventiscas por los espacios infinitos perdiéndose en las lejanías de la nada; polvo fueron y en polvo se convirtieron. Estuvo bien, la muy bruja.





Depósito Legal C. R. 83 - 1961

Imp Vda de MOISESMATA
Primo de Número 4
ALCAZAR DE SAN JUAN